
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
SHOW DE SANGRE
CURTIS GARLAND

«Siempre quedaban zonas de sombra. Escasas, pero suficientes para que lo insólito, lo misterioso, e incluso lo terrible y lo sangriento, llegara a tomar carta de naturaleza.

Así sucedió aquella noche de brumas. Primero, en un centro psiquiátrico del Gobierno, en las proximidades de la capital».



Curtis Garland

Show de sangre

Bolsilibros: Selección Terror - 150

ePub r1.1
xico_weno 03.09.16

Título original: *Show de sangre*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

PRELUDIO ESCARLATA

Fueron dos los sucesos en la misma noche.

Ambos, sin aparente conexión. Como si cada uno de ellos no tuviera la más mínima relación con el otro, ni fuera posible jamás que ambos acontecimientos pudieran relacionarse, ni tan siquiera tener un solo factor común que los uniera.

Y, sin embargo, la realidad iba a ser muy diferente. Tanto, que uno sería en cierto modo consecuencia directísima del otro, aunque nadie pudiera preverlo en absoluto.

Los escenarios fueron muy distintos entre sí. Los personajes, también. Lo cierto es que sólo una circunstancia inicial sirvió de nexo a ambos casos. Y esa circunstancia fue que los dos tuvieron lugar en Londres.

Y en una misma noche, con algún tiempo, no demasiado, entre uno y otro acontecimiento.

Un Londres tradicionalmente sombrío a causa de la densa neblina, el frío húmedo y la charolada negrura extendida por la reciente llovizna sobre el asfalto ciudadano.

Un Londres donde cualquier cosa podía suceder, incluso en unos tiempos en los que la iluminación eléctrica ya no era como aquellas antiguas farolas de gas, capaces de difuminar de tal modo la claridad en las calles, que era prácticamente como si no existiera iluminación pública. Eso era en otros tiempos. Ahora, en pleno siglo XX, las farolas eléctricas luchaban en cierto modo victoriosamente contra las tinieblas húmedas del otoño londinense.

Casi, pero no del todo. Siempre quedaban zonas de sombra. Escasas, pero suficientes para que lo insólito, lo misterioso, e incluso lo terrible y lo sangriento, llegara a tomar carta de

naturaleza.

Así sucedió aquella noche de brumas. Primero, en un centro psiquiátrico del Gobierno, en las proximidades de la capital…

* * *

El paciente llevaba años siendo dócil y tranquilo.

Exactamente quince años. O muy pocos meses menos. Y, de súbito…

De súbito, cambió radicalmente todo. El paciente dejó de ser aquel hombre manejable, resignado, incluso afable a veces, que paseaba en los largos días de internamiento, por los corredores y patios del establecimiento psiquiátrico.

Quizás por ello, médicos y enfermeros del recinto habían llegado a estimar a su huésped, tratándole afectuosamente, y despreocupándose de él porque nunca creaba problemas ni representaba peligro alguno para las normas de seguridad interna del establecimiento.

Y quizás por ello mismo, las cosas ocurrieron de ese modo. A fin de cuentas después de quince años, ¿quién podía esperar nada extraordinario o desusado en el paciente más antiguo y sociable de todos los recluidos en el centro?

Frank Webster y Jason Harding eran los enfermeros de servicio nocturno en aquella ocasión. Ambos jóvenes, fornidos, seguros de sí mismos, prácticos y eficientes en su tarea habitual.

Se preocuparon de todas las cosas y de todos los pacientes…, excepto de uno llamado Amos Warren.

Y justamente Amos Warren fue quien les provocó problemas. Los últimos problemas de su vida…

Amos Warren rompió esa noche su costumbre de quince años de reclusión. Su carácter apacible y resignado se rompió súbitamente en mil pedazos. Fue como la eclosión de algo maligno, incubado durante mucho, muchísimo tiempo de represiones y de esperanzas frustradas. O acaso fue más, mucho más. Un factor oscuro e imprevisible, que precipitó la crisis.

Todo comenzó del modo más rutinario e imprevisible del mundo: con una llamada tímida del pulsador automático de la celda número 32, en el tercer piso del establecimiento. Justamente donde estaban de servicio Webster y Harding. Donde se alojaba Amos

Warren…

Los dos enfermeros se miraron entre sí, algo sorprendidos. Webster consultó su reloj de pulsera y sacudió la cabeza, intrigado:

—Es raro —manifestó—. Ya dieron las diez y cuarto. Warren nunca llama tan tarde…

—Puede que le ocurra algo —señaló Harding, encogiéndose de hombros y dejando de comprobar la lista de celdas revisadas ya, antes de que las diez y media de la noche marcase el momento del reposo para todos los huéspedes obligados de la residencia psiquiátrica estatal—. Recuerdo que esta mañana se quejaba un poco del estómago…

—El doctor Forbes le dio ya un remedio a mediodía. Se le había pasado totalmente la molestia esta noche, durante la cena…

En el muro, parpadeó la luz roja de la celda 32, insistentemente. La llamada se repetía, ahora con mayor insistencia y nerviosismo.

—Tal vez empeoró —dijo gravemente Harding—. Vamos a ver…

Asintió Webster. Los dos hombres emprendieron la marcha hacia la habitación ocupada por Amos Warren. El llamador seguía insistiendo.

La primera sorpresa saltó ante los ojos de ambos enfermeros cuando descubrieron la puerta de la celda número 32 totalmente abierta. Se miraron, perplejos. Ambos parecían seguros de haberla cerrado con llave desde el corredor, como era obligado en todos los casos, noche tras noche.

—¿Qué significa esto? —farfulló Webster, desorientado, precipitándose hacia la estancia que debía ocupar Warren, y desde cuyo interior había sonado la llamada apremiante anterior.

Harding, tras una corta duda, le siguió, dominando su propia extrañeza.

—¡Estoy seguro de que cerramos esa puerta, Frank! —exclamó con tono airado.

Webster no le respondió. Acababa de entrar en la habitación del paciente que, como las de todos los que estaban considerados como enfermos tranquilos y sin graves crisis, tenía una ventana enrejada, asomada a un prado/inmediato al establecimiento para enfermos mentales. Un prado oscuro, salpicado de luces de alumbrado público, que apenas si eran leves destellos de claridad difusa en la niebla nocturna.

—Cielos… —Oyó Harding murmurar con voz ronca a su compañero—. ¿Qué significa esto?

Cuando le siguió al interior de la celda individual, empezó a comprender los motivos de su compañero para mostrar aquel estupor rayano en la incredulidad.

—Dios mío… —susurró con un estremecimiento.

Y ambos contemplaron, sobrecogidos, el cuerpo encogido, sangrante, inmóvil en aquellos momentos, de su paciente, Amos Warren…

Junto a él, un arma inesperada, un larguísimo, afilado cuchillo, de muy vaciada hoja, parecía mostrar ostensiblemente cuál era el medio con el que el enfermo mismo debió herirse, a menos que algún otro paciente del centro hubiera logrado de algún modo abrir aquella puerta, penetrar en el recinto destinado a Warren, y una vez allí acuchillarle.

—¿De dónde pudo salir ese cuchillo? —musitó Harding.

—¿Y quién abrió esta puerta…, e hirió a Amos? —indagó a su vez Webster.

Ninguna de las dos sorprendentes preguntas parecía tener respuesta posible para los dos celadores sanitarios del establecimiento. Sencillamente, aquello no tenía la más mínima explicación lógica.

—Avisa al doctor de guardia —se rehízo vivamente Webster, inclinándose sobre el ensangrentado Warren—. Yo llevaré al herido a la enfermería, pronto.

Todos los buenos propósitos de los enfermeros tuvieron en ese instante el peor de los premios. Y éste llegó, además, de la forma más terrible e inesperada.

Cuando se agachaba Frank Webster para cargar con el herido, y Harding se dirigía a la salida, para dar aviso al médico de servicio durante la noche, sucedió lo peor de todo.

Ninguno de ellos observó que Amos Warren, encogido en el suelo en dramática postura, abría súbitamente sus ojos.

Ojos redondos, relucientes. Ojos vidriosos.

Ojos inyectados en sangre. Ojos enrojecidos. Ojos de terror y de angustia.

Ojos de muerte para alguien…

Se fijaron en Webster, inclinado ya sobre él, pasándole los

brazos bajo sus axilas, para cargar más fácil y cuidadosamente con él.

Luego, la mano ensangrentada de Warren fue al cuchillo manchado de escarlata, que yacía junto a él. Cerró sus dedos sucios de sangre en torno a la empuñadura. Su mirada era alucinada, centelleante y desorbitada. La mirada de un loco. Un loco peligroso. Un homicida anormal. Lo que nunca había sido hasta entonces el desdichado Warren.

Alzar el arma y sepultarla en la nuca de Webster fue todo uno. Cosa de décimas de segundo. El alarido de éste se ahogó en un tumulto de sangre, brotando violentamente por su boca crispada. Contempló con ojos de pavor y de asombro inmenso a quien fuera hasta entonces su inofensivo paciente y hasta amigo. Vio una faz convulsa, deformada por algo que podía ser odio. O terror. Terror de sí mismo, de aquella sangre que estaba derramando brutalmente. O terror a algo desconocido, que Webster jamás podría localizar ya, puesto que estaba en la agonía. Una rápida y terrible agonía…

A su grito ronco, ahogado por el alud de sangre, giró su cabeza, sorprendido y desconcertado, el joven Harding, su compañero. Descubrió el horror en la celda, sin siquiera concebir o imaginar lo que estaba ocurriendo.

—¡Amos! —gritó ahogadamente—. ¿Qué significa…?

Dominando su terror, fue hacia Webster, intentando extraer al mismo tiempo de entre sus blancas ropas asépticas un silbato especial para dar la alarma a todo el recinto.

No llegó a tiempo. Warren era una especie de colérica y demoníaca fuerza asesina. Sus movimientos, pese a estar realmente herido, eran de una celeridad y precisión pasmosas, como sólo un demente, convertido de súbito en un peligro latente, podría serlo.

El cuchillo largo y delgado, afiladísimo y punzante, había salido ya del boquete mortal abierto en la nuca de Webster. Luego, la mano delgada y huesuda de Warren…, ¡arrojó el arma mortal contra Harding!

Éste desorbitó sus ojos. Trató de hacer algo, sin saber qué, exactamente. Y no le fue posible hacer absolutamente nada de nada. Porque antes de iniciar siquiera una acción eficaz para protegerse de su inesperado adversario, el arma de éste le había alcanzado ya.

El largo acero se hincó fuertemente en su garganta. Le atravesó

virtualmente el cuello, de lado a lado, brotando la punta escarlata, goteante, por la nuca misma.

Se tambaleó, sintiendo que todo se apagaba ante sus ojos; que una niebla espesa y mortal le envolvía. Quiso gritar y no pudo. Quiso seguir en pie y no le fue posible. Quiso vivir…, y empezaba a estar muerto.

La caída sorda de su cuerpo sobre el pavimento fue como el epílogo a un sangriento caos. La alucinante noche dentro del establecimiento psiquiátrico parecía tocar a su fin.

Pero todavía, Amos Warren, aún malherido como parecía estar, tuvo fuerzas suficientes para incorporarse, caminar lentamente, inclinarse sobre el moribundo Harding…, y comenzó a desabrocharle la bata blanca de enfermero, procediendo luego a meter su cuerpo en la celda, junto al de Webster, cuando la mirada dilatada y vidriosa de ambos se había quedado fija e inexpresiva para siempre.

Poco después, ocultando su faz enloquecida y crispada con las sombras que las luces verticales proyectaban en los corredores del centro para enfermos mentales, al llevar la cabeza muy inclinada sobre el pecho, Amos Warren se encaminaba, rígido, ocultando lo mejor posible el vacilante caminar que le producía su herida, a la salida del recinto sanitario.

Consigo, llevaba las llaves de muchas puertas. Y nadie, en la noche escalofriante de su doble crimen, había advertido nada en el pabellón entero. El silencio lo dominaba todo. Como si nada hubiera sucedido allí.

Y un hombre, un loco, un asesino, transformado súbitamente por alguna escondida razón en un ser feroz y peligroso, se disponía a huir del centro donde estuviera recluido durante quince años…

Un hombre inofensivo durante esos años. Y súbitamente convertido en ejecutor brutal de dos asesinatos, como si algo o alguien hubiera sido capaz de provocar en él aquella alucinante metamorfosis.

* * *

El segundo suceso tuvo lugar en un sitio muy diferente a aquél. Y muy distante del centro psiquiátrico del Gobierno, en las afueras de Londres.

Este hecho aconteció en el propio Londres. En el corazón de la City. En un sitio mundano, brillante y ruidoso, como era el Vaudeville, del Strand, en una noche de estreno de un suntuoso musical…

«ESTA NOCHE, ESTRENO.
EL «SHOW» DE BELLE BETTY,
LA ESTRELLA DEL «MUSIC-HALL»
"LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA".
¡UN GRAN MUSICAL EN LA EDAD MEDIA!
¡FASTUOSA ESCENOGRAFÍA, MÚSICA
Y CANCIONES INOLVIDABLES!».

Ésos eran los carteles del acontecimiento, en los muros del teatro Vaudeville londinense. Las taquillas mostraban otro cartel muy confortante para la compañía y, en especial, para sus empresarios:

«NO HAY LOCALIDADES».

Hileras de automóviles se detenían ante el teatro, y centenares de personas iban acomodándose en el amplio patio de butacas, para gozar de la exclusiva del gran debut. Todo prometía la existencia de una noche triunfal para el espectáculo y para su primera figura, la veterana Belle Betty que, años atrás, comenzara de *starlett* en otros famosos espectáculos del Londres teatral. Ahora, la hermosa jovencita que entonces admiraba por sus piernas y sus atributos físicos en general, se había hecho una estrella de las variedades. E iba a demostrarlo a todo el gran Londres, en su primera noche triunfal.

Cuando un automóvil negro se detuvo en la calle posterior del Vaudeville, y una figura descendió del mismo, el portero de la entrada al escenario estuvo seguro de que algún figurante llegaba demasiado tarde a la representación, y por ello recurría a procedimientos heroicos para no demorarse más.

—¿Ha comenzado ya la función? —Fue su única y seca pregunta.

—Cielos, no, pero va a empezar. Si no se apresura, llegará tarde —le apremió el conserje, sorprendido por el aspecto de aquel hombre que, sin embargo, encajaba perfectamente en la obra a

representar. De ahí que no le pusiera objeción alguna para su acceso al escenario.

El personaje pasó junto a él, con la majestuosidad de cualquiera de los héroes de la historia a representar, aunque ésta fuese en versión musical. Después de todo, aquel hombre vestía como cualquier caballero del rey Arturo, y su formidable espada envainada, su cota de malla, su capa amplia y negra, con forro de raso carmesí, sus manoplas de malla de acero y su celada negra, que cubría casi totalmente su rostro, con excepción de la luenga barba negra visible bajo el oscuro metal, eran atributos normales en tales personajes legendarios. El conserje estaba cansado de ver actores y figurantes así durante todos los días que duraban los ensayos de la obra, Y todos le parecían iguales.

Poco después, la representación del musical Los Caballeros de la Tabla Redonda comenzaba en el escenario londinense.

Y una hermosa heroína, Belle Betty, en su papel de enamorada de *sir* Lancelot, iba a vivir su noche gloriosa en la escena.

Al menos, es lo que ella pensaba…

* * *

El estreno de Los Caballeros de la Tabla Redonda nunca sería olvidado por el público asistente al Vaudeville, por supuesto.

Especialmente, por su tercera escena del acto segundo…

Previamente, la rubia y espléndida mujer que era Belle Betty, en la madurez triunfal de su carrera artística, había sido raptada por un traidor caballero del rey Arturo, para ser conducida a unas tierras donde nadie podría rescatarla, excepto si *sir* Lancelot se lanzaba a la gesta, de las garras de perverso brujo, capaz de todos los sortilegios y encantamientos.

La voz vibrante de Belle entonaba su canción de desesperación, en demanda de auxilio por parte de su amado, y allí, con el fondo de la risa maligna del brujo, se apagaban las luces, para la mutación escénica, que ofrecería, al iluminarse de nuevo la escena, a la dama cautiva, en una mazmorra iluminada con rojas tonalidades, viendo danzar a las sacerdotisas del Mal, mientras *sir* Lancelot entonaba en la distancia su canción triunfal, acudiendo en defensa de su dama…

Se dieron las rojas luces del escenario. El convencionalismo ingenuo y lírico del relato teatral se reanudaba así, para deleite de

su público.

Y entonces…

Un grito agudo, terrible, un grito repetido cientos de veces por centenares de horrorizadas gargantas, conmovió el Vaudeville. Ese grito, coreado por el enloquecido cuerpo de baile y los figurantes, obligó a dar las luces de la escena en toda su brillante intensidad.

Pero la escena siguió resultando igualmente terrible y alucinante que bajo la claridad carmesí de la representación. Y el pavor aumentó hasta límites estremecedores, precipitándose muchos espectadores fuera de la sala, y produciéndose desvanecimientos y ataques de histeria entre muchas asistentes.

La causa de todo ello continuaba allí, en escena, en toda su brutal, desgarradora intensidad, a los ojos de un público sacudido por el escalofrío del pánico.

Era Belle Betty. Sin vida. Bañada en sangre. Degollada, casi decapitada ferozmente, de un solo tajo. A sus pies y sobre su semidesnudo cuerpo todo, la sangre empapaba las fingidas cadenas de su cautiverio teatral en un alud carmesí, goteante y horrible.

CAPÍTULO II

LA CASA DE CHELSEA

—¿Belle Betty? —El joven doctor Shell Adams sacudió afirmativamente su cabeza rubia, de cabellos rebeldes y crespos. Un gesto pensativo asomó a su rostro enérgico, de angustiosas facciones y ojos grises—. Sí. La recuerdo muy bien, inspector. Pero antes no se llamaba así. Figura en nuestros archivos como Elizabeth Howard, más conocida entonces como Betty Howard.

—Exacto —aprobó el inspector Desmond Wilde, de New Scotland Yard—. Esta gente de teatro tiene costumbre de usar «nombres de guerra» y cosas así, para crearse una nueva personalidad, cuando la anterior fue poco menos que un fracaso. Se trata de la misma persona: Elizabeth Howard, alias Belle Betty, figura de las variedades y del musical. Como Betty Howard había sido corista y starlett, tanto en teatro como en televisión, aunque últimamente en esta clase de espectáculo había llegado a hacer alguna cosa más importante.

—Pues es cierto lo que usted indaga, inspector. Estuvo en este hospital.

—Veo que no tiene duda alguna al respecto, doctor Adams. Y, sin embargo, dudo mucho que usted fuese ya médico interno de este establecimiento, cuando ella era solamente Betty Howard…

—Cierto —sonrió Shell Adams—. Sólo llevo dos años en este hospital. Y cinco en la profesión. Soy demasiado joven para conocer a Betty Howard como corista de *music-hall*. Por entonces, no había ingresado aún en la Universidad, inspector.

—Le creo, amigo —suspiró el policía, anotando algo en su bloc de apuntes—. Pero ¿cómo está, entonces, tan bien enterado?

—Creo que ahí intervengo yo, inspector —dijo la voz suave, a

espaldas del hombre de Scotland Yard.

Se volvió éste, sorprendido. Miró a la persona que hablaba.

—¿Usted? —dudó—. También parece demasiado joven para tener relación directa con el asunto que me ha traído aquí, señorita…

—Chambers —contestó ella con una sonrisa—. Enfermera Vera Chambers. Me ocupo de hacer las prácticas de mi profesión en este hospital, y también de los archivos clínicos que llevaba anteriormente el doctor Talbot, ahora destinado a Dirección.

—Creo entender. Usted ha visto el nombre de Betty Howard en los archivos, ¿no es eso, señorita Chambers?

—Exactamente. Fue el propio doctor Talbot quien me llamó esta mañana, a primera hora, apenas hubo leído el suceso del Vaudeville, para asegurarse de que el historial de Belle Betty estaba en nuestros archivos.

—¿Qué interés podía tener el doctor Talbot en ese asunto? —Frunció el ceño Desmond Wilde al hacer la pregunta.

—Lo ignoro —se encogió ella de hombros—. Deberá hacerle la pregunta a él mismo, inspector. Yo no soy quién para curiosear en los motivos que un superior pueda tener para investigar en los archivos del establecimiento, como podrá comprender.

—Sí. Y lo comprendo muy bien. Preguntaré sobre la cuestión al doctor Talbot, no lo dude…

—Tal vez fuese un viejo admirador de la «estrella» —suspiró irónicamente el doctor Adams entre dientes—. Sería una buena explicación a su interés, ¿no cree?

—Posiblemente. Pero dígame, enfermera Chambers, ¿sabe usted por qué estuvo en este hospital Betty Howard, hace quince años?

—No me he preocupado de investigarlo —se encogió ella de hombros—. Pero es algo que tiene fácil arreglo. Si Scotland Yard está interesado en ello, puedo consultar la ficha correspondiente, e informarle al respecto. Previa autorización de mis jefes, naturalmente, por si ello quebranta el secreto profesional.

—Sí, por favor. Pida ese permiso. Y facilíteme los datos, si es posible.

—Así lo haré, inspector, en cuanto sea autorizada —prometió la joven enfermera, encaminándose a la salida del despacho. Antes de salir, informó al joven médico—: Ah, doctor Adams, ya tengo esa

plaza que le dije… Mañana abandonaré el hospital definitivamente.

—Oh, entiendo, Vera —afirmó despacio el joven—. Me alegro por usted, pero vamos a echarla mucho de menos aquí…

Ella abandonó el despacho. El inspector Wilde parecía interesado en examinar sus apuntes. Pero preguntó de modo inesperado a Adams:

—¿Usted estuvo de servicio anoche en el hospital, tal vez?

Adams le miró, pensativo. Sonrió, al replicar:

—No, inspector. ¿Acaso soy sospechoso de asesinato?

—Oh, no diga tonterías. Era simple curiosidad. Quería saber si hubo algún otro médico con usted, en el caso de haber hecho guardia nocturna.

—Temo defraudarle, inspector, pero…, fue el doctor Irwin Talbot el encargado del servicio médico nocturno en la noche de ayer.

—Vaya, sí que me defrauda —suspiró el policía, mirando con curiosidad al joven médico—. Sabía por dónde iban los tiros, ¿eh, doctor Adams?

—No era difícil imaginarlo —suspiró su interlocutor.

—Ya. De todos modos, podía haber sido un buen sospechoso. ¿Es difícil abandonar una guardia nocturna en el hospital, sin ser visto?

—Imposible, sobre todo si uno tiene que trasladarse de aquí al Strand.

Había un brillo malicioso en los grises ojos del joven doctor Adams. El policía se echó a reír de buena gana, sacudiendo la cabeza.

—Está bien, no me avasalle —resopló—. Sé admitir mis errores. Buscaré por otro lado, no lo dude… ¿Ha leído los detalles del crimen?

—Sólo por encima. Y porque van en primera plana. No me gustan las informaciones sobre crímenes.

—Hágalo esta vez, doctor. No ha existido un crimen tan horrible ni tan extraño, al menos durante varios años. Todo Londres está sobrecogido.

—Supongo que sí. En esas cosas, influye la personalidad y fama de la víctima, habitualmente.

—Eso es cierto. Pero aun sin eso, resultaría un caso horripilante.

—Yo me fijé en otro suceso que me afectaba mucho más de cerca, inspector —juzgó el joven médico, mientras examinaba unas radiografías depositadas en su mesa de trabajo—. Viene en tercera página, en una sola columna, pero me impresionó más que lo del Vaudeville.

—¿A qué se refiere?

—A un doble homicidio en las afueras de Londres. Un establecimiento psiquiátrico del Gobierno. Un paciente llevaba muchos años internado. Se le consideraba inofensivo. Y anoche, asesinó a dos enfermeros, huyendo de allí disfrazado con la bata de uno de ellos.

—Oh, ahora lo recuerdo… —asintió el inspector Wilde—. No es de mi jurisdicción. Creo que le corresponde investigarlo a un colega mío, al inspector Wharton… Comprendo que le interese, por ser algo relacionado con su ambiente, pero lo de ese teatro, a la vista casi del público… Aún no logro entenderlo. Hace falta estar loco para… para hacer algo así, doctor.

—¿Loco? —El joven Adams miró al policía con cierto leve sobresalto—. Eso, justamente, es lo que estaba el hombre que huyó del recinto psiquiátrico… Y ahora que lo menciona usted, inspector…, ese homicida llevaba justamente quince años encerrado. Los mismos, según parece, que tiene esa ficha de Betty Howard en nuestros archivos…

El inspector Wilde se quedó mirando muy fijo al médico. Su rostro reveló repentina sorpresa y desorientación.

* * *

—¿Otro café, Vera?

—No, gracias, doctor Adams. Me quitaría el sueño —suspiró Vera Chambers, enfermera en período de prácticas en el Hospital Central londinense. Se echó hacia atrás en su asiento de la cafetería del recinto hospitalario, mirando con simpatía al médico—. Y mañana quiero estar bien despejada cuando me presente en Chelsea, a mi nuevo empleo.

—¿Cree que será una casa respetable la que ha elegido?

—Es la agencia de nurses y enfermeras la que escogió los mejores anuncios y me dio a elegir. Allí pagan más, y es una familia. Yo elegí el lugar.

—De todos modos, ya le dije que voy a echarla de menos, Vera.

—Y yo a usted, doctor. Pero el período de prácticas está superado, y el trabajo en el hospital, como interina, no resulta rentable para una chica sola y sin familia, que debe pagarse sus gastos y su mantenimiento.

—Lo entiendo muy bien, Vera. Y le deseo toda la suerte del mundo. De todos modos, confío en que nos veremos alguna vez…

—Por supuesto, doctor. Ya sabe que me encanta discutir con usted asuntos profesionales. E incluso charlar un poco de todo. Creo que es el único amigo que tengo, en realidad.

—Gracias, Vera. Eso me halaga mucho. Procuraré corresponder a esa amistad. ¿Dice que su nuevo hogar de trabajo está en Chelsea?

—Exactamente. Old Church Street, 115. Junto a Elm Park Road. La familia que reside allí se llama Baxter. Debo cuidar de un viejo enfermo medio inválido. Es todo lo que sé.

—Va a ser un duro trabajo, para empezar en esta profesión, amiga mía.

—No me asusta ni me preocupa —sonrió, animosa—. A veces, vale más empezar por lo más difícil, doctor. Luego, todo resulta más llevadero.

—Quizás tenga razón —admitió el joven médico—. De todos modos, nos veremos por allí, no lo dude.

—Me dará mucha alegría verle… —Fumó lentamente su cigarrillo, como si estuviera pensando en algo. Luego, indagó con un tono distinto de voz—: ¿Cómo va el asunto de Betty Howard, la mujer asesinada en el teatro Vaudeville?

—El inspector Wilde no es muy explícito con sus averiguaciones. Pareció muy defraudado al examinar la ficha de la víctima, y comprobar que lo único que sufrió en 1955, fueron unas heridas de pronóstico poco grave, resultado de un vulgar accidente…

—Pues ¿qué buscaba, en realidad?

—No lo sé. Daba la impresión de que confiaba hallar una pista que le condujera a alguna parte. Luego, su entrevista con el doctor Talbot acabó por ponerle de pésimo humor.

—¿Tampoco encontró ahí lo que deseaba?

—Tampoco. El doctor Talbot atendió a Betty Howard y la intervino quirúrgicamente de sus heridas. Era, realmente, un admirador de ella. A eso se reduce todo su interés por el caso, como

yo me había temido.

—De modo que no hay pista alguna para la policía.

—Por el momento, no. Al menos, no en el hospital. Era esperar demasiado.

—¿Y si esas heridas no fueron causadas en un accidente, como ella dijo, y su muerte actual tiene algo que ver con lo ocurrido entonces? —sugirió vivamente Vera Chambers.

Shell Adams, doctor en medicina, miró con asombro a su compañera. Movió lentamente la cabeza, al tiempo que comentaba:

—Admirable, Vera. Es usted la muchacha más imaginativa y fantástica que he visto. Si el inspector Wilde la oye hablar así, seguro que vuelve a remover todo el hospital, en pos de una nueva pista…

Los dos rieron de buena gana, al tiempo que Shell dejaba el dinero en la mesa, y se ponían ambos en pie, para volver a la tarea habitual. Los altavoces llamaban incesantemente a otros colegas a quirófanos o salas de consulta, y médicos y enfermeras tomaban refrigerios en las mesas o en la barra de la cafetería.

Era el último día de trabajo de Vera Chambers en el Hospital Central. Al día siguiente, estaría en una vivienda de Chelsea, iniciándose ya como enfermera profesional, al servicio de una agencia especializada.

Nadie podía imaginarlo entonces. Pero ése era el tercer acontecimiento que sin aparente relación con los sangrientos hechos de la noche anterior, iba a desembocar en la trágica y alucinante jugada del destino que relacionaría muy directamente a la joven enfermera con la pesadilla de sangre que acababa de comenzar en Londres…

* * *

El inspector Desmond Wilde examinó el resultado de la autopsia con expresión reflexiva.

No había nada en él que pudiese aclararle cosa alguna. El arma utilizada en el asesinato de la actriz y cantante había sido una de las que abundaban en la obra estrenada: una formidable y afilada espada medieval, un mandoble en manos vigorosas e implacables, a juzgar por la forma en que se produjo el tajo mortal.

Había un anexo al final del informe médico, en el que el policía

fijó su interés durante unos momentos:

> «En el cuerpo de la víctima se aprecian cicatrices de varios años, huella de intervenciones quirúrgicas, posiblemente forzadas por algún accidente, ya que la víctima sufrió por esas fechas, seguramente de modo simultáneo, diversas heridas en piernas, nalgas y espalda. Posteriormente, algún especialista le hizo cirugía plástica, para borrar en lo posible las huellas que afeasen a la víctima».

Cirugía plástica.

Sobre eso, ya había dicho inicialmente algo el propio médico forense. De ahí sus pesquisas en el Hospital Central y en otros centros asistenciales para accidentados. El resultado había sido negativo.

El doctor Talbot negó que allí se hiciera esa clase de cirugía reparadora. Pero sí intervino años atrás a Betty Howard de heridas causadas en un accidente.

La naturaleza del accidente, así como la forma en que fueron causados los daños, no figuraban en la ficha de la paciente. Quizás ni siquiera tuvieran importancia. Pero Wilde era un policía metódico y gustaba de apurar todos los indicios. Especialmente, el de la cirugía plástica.

Descolgó el teléfono. Demandó con firmeza a un subordinado.

—Quiero la lista de todos los médicos especializados en cirugía plástica y reparadora, que ejercían en Londres hace irnos quince años, junto con sus direcciones.

Colgó, justamente cuando otro de sus subalternos entraba en el despacho de New Scotland Yard, y le dejaba un escrito mecanografiado sobre la mesa. Wilde lo miró de soslayo, con un gruñido de agradecimiento.

Encendió su pipa de madera gastada, y leyó aquellos datos de última hora, relativos también a la víctima del horrible crimen del Vaudeville:

«BETTY HOWARD.

»Hace quince años actuaba en el *show* de los hermanos Bonetti, espectáculo en que se mezclaban el circo, el teatro de variedades y

el grand guignol, representándose con mucho éxito en Londres y en provincias. Para esas giras llevaban carpa propia o actuaban en teatros de segundo o tercer orden.

»Las figuras de la compañía eran también sus empresarios: Renzo y Carlo Bonetti. El primero, era llamado El Gran Bonetti, o bien Profesor Bonetti, especializado en magia, ilusionismo y trucos sorprendentes.

»La estrella femenina de la compañía era Laraine Foster, muy conocida entonces en el ambiente teatral. Actualmente está apartada de la escena y casada con un rico industrial, Robert Feldman.

»De los Bonetti no se sabe absolutamente nada. El espectáculo dejó de existir como tal, hace quince años, sin que hayamos podido averiguar las causas exactas de ello».

Rápido, el inspector Wilde volvió a descolgar el teléfono. Marcó unas cifras interiores de Scotland Yard.

Cuando atendieron su llamada, habló con rapidez y precisión, sin poder dominar una nota de nerviosismo que, en un hombre como él, resultaba algo rara, muy poco habitual:

—Bannister, quiero una información especial sobre el mundo del espectáculo de hace quince años. Posiblemente sea difícil, pero sé que ustedes se especializan en esas cosas. Necesito saber qué fue de los hermanos Bonetti, y qué motivó el fin de su espectáculo circense-teatral por entonces. Hagan lo posible por proporcionarme esos datos. Es urgente.

Colgó, tras la promesa de sus colegas de la brigada especial de Scotland Yard de buscar los datos requeridos en el mínimo de tiempo posible. Los de esa brigada sabían moverse en ambientes raros, difíciles, como el del teatro, las variedades y el circo, Wilde lo sabía.

Mientras tanto, él tenía algo por hacer, de modo inmediato. Lo subrayó en rotulador rojo, bajo el escrito mecanográfico del informe. Era un nombre lo que subrayaba, Y una aclaración posterior:

«Laraine Foster. Casada con un rico industrial, Robert Feldman».

—Sí —suspiró, hablando consigo mismo—. Voy a ver a la señora

Feldman…

* * *

Vera Chambers despidió el taxi en la esquina misma de la Elm Park Road. Miró, maleta en mano, a las hileras de viejos edificios las aceras no muy amplias y el asfalto defectuoso.

Echó a andar por la acera, sin importarle la leve llovizna que la salpicaba con menudas, pero insistentes gotitas de fría agua. Sobre su cuerpo esbelto, un impermeable amarillo yema comenzó a brillar más aún con la lluvia.

La casa no estaba muy lejos. Poco más allá de la vieja iglesia que daba su nombre a la calle poco frecuentada del Distrito de Chelsea donde se hallaba ahora.

Descubrió el número 115, junto a una farola de alumbrado. Se detuvo. Miró la casa sin demasiado entusiasmo. No podía esperar otra cosa en aquella calle, se dijo para animarse. Ninguna casa era nueva ni atractiva. Pero quizá aquélla, la 115, era la peor de todas. La más vieja, la más descuidada. La más sombría también.

Respiró hondo. No supo si volverse atrás, regresar a la Agencia de Nursería y Enfermeras y Asistentas Sociales, para requerir otro trabajo.

Luego, Vera Chambers sacudió su pelirroja cabecita enfáticamente. No podía hacer eso. No con su primer trabajo como enfermera diplomada. Hacía falta algo más que un diploma y unas prácticas en un hospital, para que la gente le proporcionase un trabajo con plena confianza.

—Es mi primera tarea —se dijo entre dientes—. No puedo rechazarla ni echarme atrás. No lo haré por nada del mundo… Estoy decidida.

Siguió adelante. Vera sabía tomar una decisión, aunque le disgustase hacerlo. El 115 de Old Church Street era su destino actual. Y lo seguiría. Poco después, llamaba al timbre tintineante y lejano del edificio antiguo, oscuro y poco acogedor, de ventanas totalmente cerradas con postigos, fachada sombría y aspecto de abandono, escalones de piedra con una verja poco alta ante la casa, y recia puerta de sólida madera, que no tardó en chirriar sobre unas bisagras mal engrasadas, al abrirse a su llamada.

—Buenos días —saludó, con su mejor sonrisa—. ¿Los señores

Baxter? Soy Vera Chambers, la enfermera que han contratado…

La mujer que la contemplaba no resultó mucho más atractiva que el resto del edificio. Alta, muy alta. Fornida, sin duda, a pesar de que su vestido negro y severo la adelgazaba notablemente. Pálida de piel, estirado el rostro, cabello oscuro, peinado hacia atrás, muy tirante, hasta concluir en el duro moño redondo de la nuca. Ojos estrechos, oscuros y fríos. Boca delgada y prieta. Manos largas, pálidas y huesudas, aunque no denotaban mucha edad en la mujer.

—La esperábamos, señorita Chambers —dijo gravemente la dama—. Entre, por favor. La señorita Baxter la recibirá en seguida.

Entró. Fue un momento difícil para Vera. Algo, una vaharada como de moho y de vejez, hirió su olfato, al penetrar en la casa. La escasa luz qué captó en su interior no venía de la calle sino de alguna lámpara encendida a pesar de la hora.

De día. Con postigos ajustados. Y usando luz eléctrica. Extraño, pensó…

Fue sólo un momento. Acaso una simple impresión, o resultado de la ausencia de luz del día en el interior. Cuando la puerta volvió a cerrarse, con el mismo chirrido que al abrirse, el aire de la casa le pareció pulcro y limpio. Sin embargo, paredes, muebles, todo, parecía herido por la pátina del tiempo.

—Yo soy Marjorie Vickers, la persona que lleva todos los asuntos de la casa —le informó la enlutada, seriamente—. Una mezcla de ama de llaves, cocinera y doncella, todo en una pieza. Los tiempos no permiten tener demasiada servidumbre, compréndalo, señorita Chambers.

—Sí, lo comprendo —sonrió Vera, algo forzada.

—Además, la familia es corta y no requiere demasiado personal. El señor y la señorita Baxter tienen suficiente conmigo. Usted es un caso diferente. El señor Baxter necesita cada vez más de una enfermera…

—De modo que sólo son padre e hija… o tío y sobrina… —aventuró Vera.

—Padre e hija —cortó secamente Marjorie Vickers—. Es a él a quien debe usted cuidar. ¿Tiene experiencia en atender pacientes de esa clase?

—No. No tengo experiencia. Creo que en la agencia se lo dirían

así. Además, ignoro la clase de paciente que es, en realidad, el señor Baxter.

—Pronto lo sabrá —suspiró la sirvienta. Echó a andar hacia la luz eléctrica—. Sígame, por favor. Verá usted a la señorita Baxter en seguida…

Creyó oír un ruido tras una puerta, junto a la escalera. Miró. Era la del sótano. Tal vez se había equivocado. Estaba cerrada con llave. No captó ningún nuevo ruido.

Vera la siguió, decidida. Un repentino sentimiento de aprensión había hecho presa en ella. Se preguntaba si iba a gustarle su tarea en aquella casa tan extraña. Si, realmente, valía la pena comenzar así una profesión como la suya.

Y eso que aún faltaba por conocer lo peor de su nuevo, flamante trabajo…

CAPÍTULO III

LA MÁSCARA DEL HORROR

Estaba cayendo la tarde. La lluvia persistía, menuda e insistente, en medio de un día neblinoso, frío y desapacible.

El automóvil de Robert Feldman, un «Rolls Royce» negro, clásico y costoso, se alejó hacia Old Bond Street. La lluvia charolaba su carrocería en la incierta penumbra del atardecer.

Las luces eléctricas lucían hacía ya algún tiempo en las calles londinenses, para combatir la mala visibilidad. Los faros de los automóviles eran un medio más de dar claridad a la tarde, en su paso veloz por las vías urbanas.

Laraine Feldman, de soltera Laraine Foster, antigua actriz, cantante y bailarina de variedades, bajó la cortina de la ventana, lentamente. Una vaga sonrisa complacida asomó a sus labios carnosos. Se irguió. Pese a rozar la cuarentena, era una mujer atractiva y bien dotada por la naturaleza. En su juventud había sido singularmente hermosa, eso era obvio.

Descolgó el teléfono del gabinete. Marcó un número. Su voz apenas si fue un murmullo, cuando alguien respondió a la llamada al otro extremo del hilo:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Soy yo, Laraine… —musitó—. Puedes venir cuando quieras. Él se fue ya. No volverá hasta el lunes…

Colgó. Se quedó pensativa, abrazada a un almohadón, perezosamente tendida ahora en un sofá, esperando algo, con ojos turbios y entrecerrados. Su mirada se desvió del teléfono, fijándose sin querer en el periódico doblado, y en sus llamativos titulares:

«ESCENARIO ENSANGRENTADO.
TERRIBLE ASESINATO

EN EL VAUDEVILLE
DURANTE UN ESTRENO».

La complacencia huyó de su rostro. Pareció sentirse repentinamente preocupada, temerosa por algo. Con gesto de irritación, tomó el periódico, lo dobló y lo arrojó con violencia a la papelera. Luego, respiró hondo, como queriendo extraer algo acongojante de su pecho.

Y esperó.

Esperó al hombre que tenía que llegar. Al hombre con quien podría disfrutar de un fin de semana, en ausencia de su esposo. Un hombre tan diferente a su marido, el industrial Feldman, como podía serlo el deportista, viril y guapo, Lex Vincent, deportista, *play-boy* de moda y hombre capaz de hacer feliz a cualquier acomodada dama de la mejor sociedad londinense…

No tardaría mucho. Él no acostumbraba a tardar, cuando era llamado por Laraine… Y esta vez, no tenía por qué ser diferente. Sobre todo, estando Feldman, como estaría, tres días fuera de Londres.

* * *

Lex Vincent era, realmente, un atleta lleno de atractivo para las mujeres. Especialmente para mujeres acomodadas y de edad madura. Era el tipo ideal para esa clase de romances.

Alto, vigoroso, esbelto, de facciones varoniles, bronceado, de ojos oscuros, de blanca dentadura, de aspecto agradable y mundano. Bien vestido. Deportivamente. Cortés, caballeroso casi en sus ademanes. Y sin muchos escrúpulos. Quizá sin ningún escrúpulo.

Terminó de anudar el pañuelo claro, estampado, en torno al cuello, bajo la camisa sin abotonar y el suéter de cuello amplio. Luego, tomó una gabardina y un sombrero impermeable. Miró al teléfono, sonriente. La llamada había sonado unos minutos antes. Muy pocos minutos.

—En seguida estaré contigo, preciosa —dijo, riendo entre dientes. Arrojó un beso al aparato telefónico, de color rojo oscuro, con la punta de los dedos—. En seguida tendrás a tu lado a tu

amado y amoroso Lex…, dispuesto a prodigarte sus caricias… ¡siempre que tú prodigues de igual modo tus libras esterlinas, naturalmente, vieja gloria del espectáculo!

Y cínicamente, soltó una carcajada, encaminándose a la salida de la confortable vivienda que disfrutaba en pleno Pall Mall, en aquel edificio de lujosos apartamentos.

Cerró la puerta tras de sí. Descendió a la calle. Lloviznaba con insistencia. Había oscurecido. Las luces urbanas y los luminosos comerciales se reflejaban en el charolado negro del asfalto.

Caminó hacia el aparcamiento, donde tenía su automóvil. Un «Morris» color verde oscuro, de reciente modelo. Abrió la portezuela. Se acomodó el volante. Un momento después avanzaba por el centro de la capital, hacia el domicilio de Laraine Feldman.

Sabía que no habría servicio aquella noche en la casa. La señora Feldman sabía hacer las cosas. Cuando no estaba su marido, arreglaba las cosas adecuadamente: día libre a la doncella, un permiso a la cocinera, el mayordomo al cine, por gentileza de la señora… Sí. Sabía hacerlo. Era experta en esa clase de arreglos y de precauciones.

Cuando llegó ante la casa, solamente se veía luz en la planta alta. Y en la puerta de entrada, a la que conducían los peldaños de piedra. Era un rico edificio, digno de una dama de alta posición social y económica.

Sonrió, tintineando el llavero en su bolsillo. Una de aquellas llaves era la de la casa de los Feldman. Hasta eso estaba bien medido por Laraine. La antigua estrella de variedades pensaba en todo. O en casi todo.

Dejó el automóvil en un *parking* inmediato a la casa. Con las llaves en su mano, moviendo su atlética figura con paso largo, flexible, rápido, avanzó silbando entre dientes, de modo jovial.

Llegó ante la casa. Subió los escalones ágilmente. Clavó sus ojos en el piso alto. Una sola luz. Una ventana iluminada. Luz amarilla. La señal.

En caso de problemas inesperados, habría más luces. Y la ventana tendría corridas las cortinas rojas, dando ese tono a la luz. Todo iba bien, por tanto. Todo muy bien.

Introdujo la llave en la cerradura. La hizo girar. Abrió. Ni un problema. No había por qué, después de todo. Empujó la hoja de

lustrosa madera de caoba. El suntuoso vestíbulo. La lámpara de cristal, una enorme araña colgando del techo. La escalinata ascendente, las alfombras granate, los muebles Victorianos… Todo lo que sólo la boda con un hombre como Feldman podía dar a una simple mujer de teatro y circo, por hermosa que fuese en su juventud.

Cruzó el umbral. Cerró la puerta tras de sí. Miró hacia arriba. La luz dorada se reflejaba en el corredor, procedente de la alcoba. La barandilla formaba sombras rígidas, que proyectaba en la escalera y el vestíbulo.

Lex Vincent sonrió, disponiéndose a pronunciar en voz alta el nombre de la dama con quien estaba citado en aquellos momentos. Abrió la boca. Incluso formuló la primera y segunda sílabas, iniciando la llamada:

—¡Larai…!

No terminó. Ni entonces, ni nunca.

De repente, en las sombras del vestíbulo se había materializado algo. O alguien. Alguien a quien en modo alguno podía esperar el arrogante y guapo Lex, el *play-boy* más cotizado de Londres.

Porque aquella persona que emergía de las sombras, aquella figura alta, envuelta en una amplia capa oscura, con forro de carmesí rojo, no podía ser la de la hermosa y madura Laraine Feldman. Ciertamente, no lo era.

Y aquel rostro…

Aquel rostro de pesadilla que Vincent descubrió flotando de súbito ante sí, iluminado de modo fantasmal por el reflejo de arriba, en modo alguno correspondía al de Laraine. Ni al de ningún ser humano que él pudiera conocer. Era algo demoníaco, aterrador. Algo escalofriante…

El rostro flotó en la penumbra, mientras un susurro horrible, una voz ronca jadeaba cerca del atlético muchacho, pronunciando una retahíla de insultos e imprecaciones.

Simultáneamente, cuando trató de enfrentarse a aquella figura espectral, ya vencido su primer momento de pánico y de sorpresa, el extraño alzó sus manos enguantadas hacia él.

Con horror, mientras la presencia de aquella faz deforme, lívida,

rugosa y malévola, de ojos desorbitados, casi colgando fuera de sus órbitas, inyectados en sangre, de boca crispada, desdentada y babeante, le producía unas náuseas inevitables, Lex Vincent captó en una de aquellas manos enguantadas de negro la presencia de un arma terrible, inesperada…

¡Un hacha!

Un hacha no muy grande, pero de hoja afiladísima, centelleante, en la que se quebró la luz amarilla del piso alto, con un fulgor siniestro… El mango, sólido y corto, estaba bien apretado por aquellos dedos engarfiados.

Gritó ahogadamente, con ojos dilatados por el pavor, intentando eludir el impacto del arma demoledora. Aquella hoja, más apropiada para tareas de carnicero que para atacar a un hombre, cayó, sin embargo, sobre él, pero alcanzándole el hombro en vez de la cabeza.

El alarido de dolor y angustia, retumbó en toda la casa silenciosa. La hoja centelleante hendió ropas, carne y hueso, con un chasquido horripilante. El dolor casi desvaneció al joven, que retrocedió, aturdido, sintiendo que por una profunda brecha, en su clavícula, brotaba la sangre tumultuosamente, empapando su flamante *burberry's*. Se llevó la mano a la herida con estupor, contemplando alucinado los regueros sangrantes entre sus dedos.

Cayó de rodillas, con un jadeo, sintiendo oscilar todo en derredor suyo, y notando un zumbido en sus sienes y una debilidad creciente, que nublaba su mirada angustiosamente.

Jadeó, queriendo luchar, forcejear, defender su vida de aquel ataque delirante, increíble y atroz, surgido de las sombras de la propia casa de Laraine, su bella y rica amante.

No pudo hacer nada. Se sentía débil, abatido, sacudido por un dolor brutal, inhumano. Sus fuerzas le abandonaban, su mente no respondía a sus afanes ni sus miembros a su mente confusa. En suma, estaba a merced de su feroz enemigo.

—No, no… —Casi sollozó, al ver alzarse el hacha, goteando sangre, nuevamente ominosa, en el aire, con un destello diabólico, mezcla de acero y de rojo—. No, por piedad…. ¿Por qué…, por qué esto…?

La faz bailoteaba en sus brumas rojizas, de sangre y de terror. Era una máscara alucinante de fealdad y de odio, de maldad y de furia asesina. La cara de un monstruo más allá de lo humano.

De ella pareció brotar una risa baja, susurrante, diabólica, complacida en su agonía. Luego…

Luego, la mano descendió al impulso del brazo poderoso. El filo de acero cayó como una guillotina. Pero en vez de seccionar el cuello de la víctima, la hoja fulgurante, afiladísima, chascó de modo espeluznante al clavarse en medio del rostro de Lex Vincent, hundiéndose en él y abriéndole una ancha brecha, dentro de la cual se quedó hincada el arma asesina…

Una risotada larga, sarcástica, infrahumana, flotó en el silencio siniestro de la vivienda aristocrática de los Feldman. Esa risa ahogó el horrendo estertor que fluyó de una boca hendida, entre labios abiertos y sangrantes.

Luego, la alta figura de amplia capa negra y roja se precipitó a la puerta de salida. La máscara horrible flotó en la penumbra neblinosa de la calle por un instante. Luego, un sombrero negro bajó su ala y un alto cuello subió, velando aquellas facciones del infierno.

Dentro de la casa, sobre la alfombra grana, un cuerpo humano yacía inerte, y debajo de él se iba formando un espeso charco rojo, en el que se hundía el rostro partido en dos, de ojos desorbitados…

* * *

—¿Su nombre?

—Lex Vincent. Así le conocía la sociedad mundana de Londres. En realidad, se llamaba Alexander Clarence Vincent.

—¿Profesión?

—Ninguna conocida. Deportista, maniquí, acompañante de bellas damas ricas, casi siempre casadas o viudas, y con un piso lujoso, de ciento setenta libras mensuales, un buen coche de modelo reciente, e incluso una embarcación de recreo propia.

—Ya veo. Su «oficio» le proporcionaba buenos ingresos —gruñó el inspector Desmond Wilde, de Scotland Yard.

—Puede decirse que sí, señor —afirmó el sargento Dekker, de la Brigada Volante, con una leve sonrisa—. Las cosas no parecían irle nada mal.

—Supongo que esto sitúa en una posición «muy» embarazosa a la señora Feldman —apuntó el policía.

—Mucho —convino el sargento, pensativo—. Sobre todo, ante su esposo y ante la buena sociedad inglesa…

—Lo imagino fácilmente. A la señora Feldman va a costarle explicar esto… —Se frotó el mentón Wilde—. Fui a visitarla ayer por la tarde y no estaba en casa. Pensé volver más tarde, pero no lo hice. No sé si eso hubiera cambiado mucho las cosas. Ya no vale la pena pensarlo. Hoy, cuando me disponía a insistir en mi visita…, me entero de esto. Diablo, tiene que tener alguna relación, estoy seguro.

—¿Con qué, señor?

—Con el crimen del teatro Vaudeville. Ellas eran amigas hace años. Me refiero a la víctima del crimen y a la señora Feldman, cuando ésta se llamaba Laraine Foster.

—Entiendo, inspector. En ese caso, utilizaron un mandoble. En éste, un hacha. Pero el ataque fue igualmente brutal y despiadado. El que golpeó tenía fuerza. Y sabía cómo hacerlo. Vincent debió resistir. Tiene un tajo terrible en el hombro. Eso debió debilitarle lo suficiente para ser muerto sin más dificultades. El joven era un deportista, fuerte y vigoroso. Pero ante un ataque así, ¿qué se puede hacer? Además, dentro de la casa de… de…

—De su presunta amante. Sí, sargento, puede decirlo —suspiró Wilde—. Me temo que así son las cosas… Por cierto, sargento, ¿qué se ha hecho de la señora Feldman en estos momentos?

El sargento Dekker sacudió su pelirroja cabeza, acariciándose pensativo el mostacho color panocha. Sus ojos azules brillaron bajo la gorra de su uniforme de patrullero.

—Nos hemos cuidado de ella. Está con el médico, bajo tratamiento de sedantes. Sufre un intenso *shock* nervioso, inspector.

—Sí, lo imagino fácilmente. —Wilde se frotó la barbilla, pensativo—. ¿Estaba en casa cuando…, cuando sucedió todo?

—No lo sabe. No está segura. Pero imagina que sí, señor.

—¿Cómo? —Pestañeó vivamente Wilde, mirando a su subordinado—. ¿No lo sabe ella? ¿Imagina, solamente…? ¿Qué significa eso, exactamente, sargento Dekker?

—Significa que ella debía estar esperando a Lex Vincent, cuando le ocurrió aquello… Hemos podido obtener de ella algunas frases,

muy pocas. Parece que telefoneó a su… a su amigo. Luego, se dispuso a esperarle. Y ocurrió…

—Ocurrió… ¿qué? —empezaba a impacientarse Wilde.

—Fue a otra habitación, a cambiarse de ropa… Apenas cruzó el umbral de esa estancia, algo cayó sobre su cabeza, posiblemente un objeto contundente. Se desvaneció, sin saber más ni llegar a ver otra cosa que… que un rostro horrible, reflejado en un espejo, según ha dicho.

—¿Qué clase de rostro?

—No lo sé. Al mencionarlo, sufrió otra crisis. No cesaba de repetir: «Espantoso… Era espantoso… Un monstruo, un ser de horrible cara…». No obtuvimos más detalles. El médico intervino. No conviene forzarla más de momento. Y aceptamos el dictamen clínico, señor.

—Está bien, sargento. Esperaremos, no hay otro remedio. ¿Algo más en casa de la señora Feldman?

—Sí. Las letras rojas…

—¿Letras rojas? ¿De sangre, acaso?

—No, aunque lo parecen. Está escrito en el muro de la alcoba de la señora Feldman. Grandes letras escarlata, escritas con pintura. Chorrean, como si fuesen sangre. Quizá tratan de imitarla… Es un escueto mensaje, evidentemente para ella, escrito por el misterioso agresor de rostro monstruoso.

—¿Y dice…?

—Justamente esto —consultó su agenda, leyendo con lentitud—: «Es el segundo acto, querida, aún no cayó el telón». Eso es todo, señor…

—«Es el segundo acto, querida» —repitió Wilde—. «Aún no cayó el telón…». Es un siniestro mensaje, sargento. Quiere decir que quizá el primer acto tuvo lugar en el Vaudeville, la otra noche. Y que habrá más aún.

—¿Un tercer acto?

—Las antiguas tragedias tenían hasta cinco actos. Las óperas, a veces, alcanzan los seis o siete —movió la cabeza con pesimismo—. Esperemos que no se llegue tan lejos… Está bien, sargento. Voy a ver todo eso en seguida… Y en cuanto sea médicamente posible, quiero ver a la señora Feldman. Mientras tanto traten de localizar a Robert Feldman, su esposo, esté donde esté ahora…

—¿Es un sospechoso, señor?

—Forzosamente tiene que serlo. El primer sospechoso, sargento, de acuerdo con la rutina policial, usted lo sabe. Es el esposo burlado, el muerto es el amante de su esposa… y la mujer fue golpeada, pero no sufrió daños. Diría que, rutinariamente, es un caso claro…, si no fuese por esa cara horrible que vio la señora Feldman…, y por algunas cosas más —meneó la cabeza, con aire de desaliento—. No sé, pero me temo que hay algo en este caso que «no es» rutinario, ni mucho menos. Y no se trata solamente de que la señora Feldman viera o creyera ver un rostro aterrador…

No explicó nada de cuanto pensaba. El sargento Dekker le estudió con curiosidad, esperando en vano una aclaración de su superior. Éste, en vez de ello, tomó su sobretodo, disponiéndose a visitar la casa del terrible suceso.

CAPÍTULO IV

CASA DE HUÉSPEDES

El doctor Adams se detuvo ante el número 115 de Old Church Street. Estudió la fachada sombría del edificio. Se dijo que Vera Chambers no había tenido demasiada suerte al elegir su nuevo hogar como enfermera. La casa no le gustaba en absoluto. Le recordó a un panteón, sin saber por qué.

—Tal vez sea buena gente la que mora aquí, y eso compense un poco la fealdad del edificio —comentó para sí el joven médico, subiendo decidido los escalones de piedra de la casa, y pulsando el llamador de la puerta.

Captó, muy lejano, un tintineo sordo, en el fondo de la vivienda. Esperó. Cuando se abrió la puerta, Shell Adams contempló a la dama con su amplia y cordial sonrisa.

—¿Qué desea? —Fue la fría pregunta de la mujer alta, enlutada y severa de rostro y peinado, tirantes sus cabellos hacia atrás, amplia y despejada su ancha frente.

—Soy el doctor Adams, del Hospital Central —dijo con su tono más cortés—. Una buena amiga y compañera mía trabaja con ustedes. Deseaba verla, si no es una molestia para ustedes, por supuesto.

—En esta casa, doctor, hay un enfermo —le replicó con frialdad Marjorie Wickers—. Y no nos gustan las visitas. Por otro lado, la señorita Chambers, la enfermera a quien usted busca, sin duda, sabe ya nuestras rígidas normas: si recibe visitas, será inmediatamente despedida. En tanto esté aquí, no puede hablar con nadie. Es nuestro reglamento privado, y debe respetarse.

—Pero la señorita Chambers tendrá un día libre, cuando menos. Y entonces podemos reunimos en alguna parte… Dígame qué día es

ése, y le dejaré una tarjeta mía para ella, citándonos en alguna parte concreta, fuera de esta casa.

—Lo siento, señor. De momento, la enfermera Chambers ha decidido no aceptar fechas libres. Su paciente la necesita cada día, y ella comprende muy bien la situación. Lamento no poderle poner en contacto con ella. Buenos días.

Iba a cerrar. Sorprendido, el doctor Adams trató de apurar la situación lo más posible. Detuvo la puerta con firme mano y exigió, algo brusco:

—Un momento, señora. Eso no es justo. Ya que ella reside aquí y no puede salir, exijo que le informe de mi presencia en la casa, para verla un momento. No puede negarse a eso.

—Suponga que «sí» me niego, en nombre de los señores Baxter —replicó glacialmente la dama de luto.

—En ese caso, me obligará a que busque otros medios. Incluso puedo recurrir a las autoridades —avisó Adams, ya agresivo.

Marjorie Vickers estudió a su visitante. Pareció sopesar las circunstancias unos momentos. Luego, calmosa, respondió sin emoción en la voz:

—Muy bien. Evitaré incidentes enojosos. Espere aquí. La señorita Chambers será informada, y que ella misma resuelva. Pero sólo por esta vez, téngalo en cuenta. Una segunda visita, significaría su despido inmediato.

—No tema. No habrá segunda visita —prometió Adams, con sequedad.

Marjorie cerró la puerta sin miramiento alguno. Sus pasos se alejaron hacia el fondo de la casa. Shell encajó sus mandíbulas, irritado, esperando con las manos apretadas y un evidente disgusto en su gesto.

Transcurrió un minuto. Dos. Tres. Cuatro. Y hasta cinco…

Shell consultó su reloj. Al rozar el sexto minuto, la puerta volvió a abrirse. Marjorie estaba de nuevo allí.

Fría, hermética. No vio ni rastro de Vera. El gesto de la sirvienta era hostil. Le tendió un pequeño sobre cerrado, de los utilizados para tarjetas de visita.

—Tome —dijo—. Es para usted. De parte de la señorita Chambers. No espera, respuesta. Buenos días, doctor.

Cerró secamente la puerta, antes de que Shell pudiera

reaccionar. El joven médico se quedó con el sobre en la mano. No recordaba exactamente la caligrafía de la muchacha que estuviera de enfermera con él durante unas semanas, pero no había motivo para que aquel escrito no fuese suyo.

—Es raro que no haya salido a verme —murmuró—. ¿Lo tendrá prohibido?

Echó a andar calle abajo, por la acera de Old Church Street. Abrió cuidadosamente el sobre. Extrajo la tarjeta con letra inglesa, en relieve:

VERA CHAMBERS
ENFERMERA

Al dorso, leyó las pocas líneas, manuscritas, apresuradas:

«Doctor Adams:

»Estaré dos o tres semanas sin fecha libre. Es un trabajo duro. No estoy autorizada a recibir visitas. Lo siento. Ya nos veremos.

»VERA».

Muy breve. Demasiado, quizá. Parecía convincente, sin embargo. Sólo lo parecía. El doctor Adams guardó la tarjeta en el bolsillo. Y regresó al hospital.

* * *

Lo había sospechado. Esto era la comprobación.

Y no le gustaba comprobar cosas así. No le gustaba empezar a sentir miedo o preocupación por alguien. Ése era su caso actual.

La letra de las fichas rellenadas por Vera Chambers durante su permanencia en el hospital «no era» la misma de la tarjeta de visita. Ni se parecía. Por lo tanto, habían utilizado una tarjeta de Vera. Si es que era realmente de Vera, y no encargadas posteriormente, para suplir cualquier respuesta de la joven enfermera.

El detalle de la letra impresa en relieve, podía ser significativo. Demasiado caras para una chica en busca de empleo. Pero si era así,

¿por qué nadie ha de preocuparse de encargar imprimir tarjetas a nombre de una enfermera?

Todo era extraño y confuso. Pensó en llamar al inspector Wilde, pero era un paso arriesgado. Excesivamente arriesgado. Todo podía tener explicación lógica y, en tal caso, Vera perdería su empleo de un modo definitivo.

No podían hacer eso. Podían correr sus propios riesgos, pero no hacérselos correr a la chica. Era injusto.

—Y sin embargo… —Adams se dejó caer en su asiento, preocupado, arrugado su ceño—. Sin embargo, debo hacer algo. Necesito ver a Vera, saber que todo va bien…

Apartó de su mesa una serie de documentos y algunos periódicos. Uno de ellos le llamó la atención. Fijó su mirada en los titulares:

«SUCESO SANGRIENTO EN UNA MANSIÓN LONDINENSE.
LA POLICÍA SOSPECHA UNA RELACIÓN CON EL CRIMEN DEL VAUDEVILLE.
ANTIGUA ARTISTA MEZCLADA EN EL TRÁGICO CASO.
DRAMÁTICO RELATO DE LARAINE FELDMAN, DUEÑA DE LA CASA DEL SANGRIENTO ASESINATO».

Leyó distraídamente toda aquella información. Recordó al inspector Wilde y sus pesquisas. Recordó borrosamente algo que leyera sobre la fuga de un demente, la misma noche del trágico suceso en el Vaudeville. Y una vaga teoría que se le ocurriera entonces al respecto…

Apartó de su mente todas esas cosas. Ahora, todo ello no le importaba. Era su compañera, la enfermera Chambers, quien le preocupaba más y más fuertemente por momentos. La actitud de la gente de Chelsea no estaba clara. Ni mucho menos.

Tomó una repentina decisión. Se incorporó. Tomó una guía telefónica y buscó el índice de calles londinenses, hasta detenerse en Old Church Street. Allí recorrió su índice, apoyándolo finalmente en una línea determinada. Junto al número telefónico, descubrió lo que buscaba:

MANNING. BOARDING HOUSE
(*Boarding House: en inglés, casa de huéspedes*).

* * *

Se llamaba Sarah Manning.

Una mujer fornida, canosa, llena de vigor y de sonrisas. Su pensión era de tipo modesto, y el precio estaba de acuerdo con esa condición. Se hallaba situada en la acera opuesta de Old Church Street, un poco oblicua a la situación de la vivienda de los Baxter, pero lo cierto es que la casa donde Vera había hallado trabajo era visible desde la fonda.

Eso resultó suficiente para Adams. Eso, y el hecho de que la señora Manning le diera la respuesta que él esperaba:

—¿Habitaciones con ventana a la calle? Oh, sí, señor Adams, tengo varias. En esta época del año todavía no tengo llena la pensión, y puede usted elegir entre tres de ellas, aunque la más tranquila es la que da al callejón inmediato, porque asoma a unos jardines y…

—No, gracias —rechazó Adams, suavemente—. Prefiero que dé a Old Church directamente, señora. Me gusta así, la verdad, aunque me cueste unos chelines más diariamente…

—Por favor, señor Adams, todas mis habitaciones exteriores, den a donde den, tienen el mismo precio. Soy una patrona honrada, no una de esas sacacuartos que hay en esta ciudad. Venga y elegirá usted mismo su habitación. ¡No faltaba más, caballero!

La señora Manning parecía una buena mujer. Limpia y honesta, como su establecimiento mismo. Adams comprendió que no tenía muchos huéspedes, pero a los que tenía, los trataba honradamente, respirando un clima hogareño en la vieja y amplia casa. Su fachada era muy semejante a la de la vivienda de los Baxter y, sin embargo, tenía una luminosidad y alegría muy diferentes. El joven doctor Adams hubiera querido saber por qué.

—Tal vez sean solamente los postigos cerrados… —se dijo. Y añadió, con un leve estremecimiento—: O algo menos tangible, que brota de esa casa…

Pero ya tenía, cuando menos, algo de lo que había ido buscando. Apenas se cerró en su flamante alcoba y dejó la maleta sobre el lecho, abrió ésta para extraer unos utensilios determinados. Se acercó a la ventana. La abrió, y enfocó la calle toda, con unos potentísimos prismáticos que, al graduarse, dejaron nítida la imagen de la calle… y centraron su visual en la mansión número ciento

quince, la casa de los Baxter.

Era perfecta la imagen. Nítida, amplia, minuciosa.

Pero solamente captó ventanas cerradas, una puerta hermética… Bajó los binoculares, con cierto desaliento.

—Espero que alguna vez vislumbre algo más que eso —murmuró—. Especialmente de noche ha de haber alguna rendija, algún lugar abierto…

Dejó todas sus cosas allí. Regresó al hospital, sin que revelase a la señora Manning su profesión y cargo reales. Para su patrona, él era solamente un sanitario, un enfermero, estudiante de Medicina. Eso era todo, al menos por el momento.

Sin embargo, se pasó por las oficinas de la Agencia de Nursería y Enfermeras, cuya dirección localizara también en la guía telefónica. Le recibió un amable empleado, en una pequeña oficina moderna, de *Charing Cross*, provista de una centralilla telefónica y varios teléfonos.

—¿La enfermera Chambers, doctor Adams? —consultó rápidamente un fichero, tras haberse identificado él—. Un momento, por favor…

Revisó una serie de fichas, antes de hallar la que buscaba. Leyó allí, sin dejarle ver a Adams lo escrito. La guardó rápidamente, alzó la cabeza y asintió con la cabeza.

—Sí, doctor —dijo—. Está en casa de la familia Baxter, para cuidar de un enfermo de alguna edad, medio Inválido. No tiene por qué preocuparse.

—Imagine que «sí» me preocupo, pese a todo —fue la seca objeción de Adams—. Me interesaría saber algo más sobre los Baxter y la naturaleza del trabajo de la enfermera Chambers. ¿Puede usted facilitarme datos claros al respecto?

—Doctor Adams, usted es precisamente médico, y sabe bien de la discreción y honestidad profesional que requieren cierta clase de trabajos —le manifestó con frialdad su interlocutor—. Los Baxter, como clientes nuestros, merecen nuestra total, absoluta confianza y sólo exigen prudencia y respeto en el servicio que nuestra agencia pueda prestarles. La señorita Chambers está conforme con esas normas, ha aceptado el trabajo, y no ha presentado reclamación alguna. Por tanto, debo manifestarle que nos es imposible facilitarle más datos o informes sin quebrantar nuestro secreto profesional.

Espero lo entienda, doctor, y no insista.

—Tal vez la señorita Chambers no tuvo oportunidad de protestar. Ni siquiera se le permite recibir visitas o establecer contacto con ella. No tiene fechas libres para verla fuera de la casa donde trabaja. Es casi un secuestro, ¿no cree?

—Doctor, si usted piensa así, lamento no poderle ayudar en absoluto. Nadie se deja secuestrar por sus pacientes hoy en día. Si supone algo así, recurra a la policía, y arrostre todas las consecuencias. Es todo, doctor. Buenos días.

Era el fin de la tensa entrevista. Adams no quiso insistir. De todas formas, el asunto parecía realmente pueril, y podía causar mucho daño a Vera y a su profesión la insistencia de él en un asunto que no le incumbía.

—De todos modos, seguiré en la pensión unos días —se dijo, al abandonar la agencia para colocación de enfermeras—. Sí, lo haré aunque resulte ridículo…

* * *

—El teléfono no funciona, señorita Baxter…

Vera colgó el aparato tras un tercer intento por llamar al hospital, para saludar a su amigo, Shell Adams. Se quedó mirando a la mujer que permanecía ante ella, dándole la espalda.

—Cierto, señorita Chambers —asintió la otra—. Ya hemos avisado al servicio telefónico. Espero que mañana vengan a repararlo.

—Bien. Esperaré, entonces, a mañana —suspiró Vera—. No era una llamada urgente. En todo caso, si sigue estropeado, saldría a llamar desde uno público.

—Desde luego, amiga mía —se volvió lentamente Judy Baxter, con una sonrisa afable—. El haberle pedido que permanezca todos los días de estas primeras semanas en casa, cuidando de mi padre, no significa que no pueda salir a efectuar una llamada, especialmente cuando él descansa. Le estoy muy agradecida por su generosidad al hacemos este favor, puede creerlo.

—No tiene importancia, señorita Baxter —rechazó vivamente la enfermera—. Su padre necesita mucha ayuda, y es mi deber prestársela. Además, a fin de cuentas, ustedes me pagan generosamente mi día libre, para que renuncie a él de momento, a

causa de las crisis de su padre. De modo que no hay razón para agradecerme nada.

—Pese a todo, se lo agradezco, y mucho —la joven Judy Baxter la miró con fijeza—. Desde que usted ha llegado, papá está algo más soportable, y eso es ya algo muy de estimar. Sus crisis son realmente terribles…

—Sí, eso me dijo también la señorita Vickers —asintió Vera pensativa. Luego, cambiando de tono, pareció recordar algo al preguntar—: Por cierto, ¿está segura de que nadie ha venido en estos días a preguntar por mí?

—Totalmente segura. —Judy Baxter entornó sus ojos con expresión fría e indiferente en su rostro, pálido y sereno—. De ser así, ¿cree que no la hubiéramos avisado de ello, amiga mía?

—Claro, es una tontería… Pero tengo un amigo médico, que prometió…

—Ya sabe lo que ocurre con los médicos —suspiró Judy Baxter —. En esta época del año se les acumula el trabajo. Tal vez no tuvo ni tiempo de pensar en lo que le prometió…

—Sí, tal vez… —convino Vera, con cierta tristeza en el tono.

Se encaminó de nuevo al gabinete. Judy Baxter, aquella joven de faz pálida e inexpresiva, de ojos pardos, grandes y tristes, de ropas grises, como gris era todo en aquella casa, se quedó en el saloncito de postigos cerrados, alumbrado en pleno día con luz eléctrica, de una lámpara pasada de moda, rosada y con flecos, contemplando con fijeza la figura esbelta, vestida de blanco, de la joven Vera Chambers.

Ésta se detuvo ante la puerta del gabinete. Antes de pisar su umbral, mordió su labio inferior, con un verdadero esfuerzo por seguir adelante. Había algo en todo aquello que la crispaba y desalentaba.

No sabía si era la casa, o… «lo otro».

Y lo otro era su propio paciente. Ross Baxter, el hombre enfermo. El que ella debía de cuidar durante casi las veinticuatro horas del día.

Ross Baxter…

Pensar en aquel hombre le producía ya auténtica inquietud. No le gustaba su trabajo. Pero era el primero. No podía tirarlo todo por la borda. La agencia no le volvería a ofrecer trabajo, si se despedía

injustificadamente de la primera casa adonde era enviada.

La profesión de una enfermera no podía ser agradable. No era dado esperar siempre casas luminosas, alegres, pacientes simpáticos y trabajo sencillo. No, eso no era su profesión, ni mucho menos.

Y, por tanto, el señor Baxter era un paciente más en una carrera dedicada a los demás; al sacrificio personal absoluto.

Pero… ¡qué paciente! ¿Existiría otro peor en todo Londres?

—Evidentemente, no tuve suerte… —musitó, con abnegación, echando a andar de nuevo y entrando en el gabinete donde esperaba Ross Baxter, sentado en su sillón de ruedas, sin dormir, pero con el rostro inmutable, quieto como una máscara, la mirada vidriosa fija en algún punto indeterminado del vacío, quizá sin ver nada, sumido en su extraño mundo interior.

Y allí estaba, ciertamente. Rígido en su silla de inválido, como siempre. Incapaz de dormir, de descansar realmente. En vela constante. Como a todas horas. Como todas las noches, mientras ella dormía inquieta en la antesala de su dormitorio, oyéndole jadear y suspirar con frecuencia, captando los crujidos de su lecho especial de inválido…

El hombre que «nunca» dormía. Una rara enfermedad, diagnosticada años atrás, según le dijeran. Clínicamente, no tenía cura. A veces, deseaba morir. Eso acostumbraba a suceder de noche o en ciertos momentos del atardecer o la mañana, a primeras horas. Era preciso vigilar. Vigilar siempre, incansablemente. Ninguna enfermera se sometía a eso. Y había tenido que ser ella, precisamente ella, quien…

Vera sacudió la cabeza. Aquélla sería una buena experiencia para el futuro. La mejor de todas, precisamente por ser la peor imaginable. No esperaba quejarse nunca de paciente alguno.

—¿Dónde se había metido, enfermera Chambers?

Otra vez él… La voz seca, dura, fría como un filo de acero. Brotando de aquellos labios que nunca se movían, afectados por una parálisis que, como la de su rostro todo, le convertían en una auténtica carátula inexpresiva, casi deshumanizada.

Contempló la faz pálida, estirada, los lacios cabellos grises, colgando lastimosamente sobre sus orejas céreas…

—Lo siento, señor —dijo Vera, con humildad—. Su hija hablaba conmigo y…

—¡Mi hija no es la persona a quien usted vino a cuidar, enfermera! —Masculló agriamente el enfermo—. Recuerde que soy yo, «¡yo!», quien necesita de sus cuidados.

—Perdone, señor Baxter —suspiró la muchacha—. Es hora de su medicamento y debe tomarlo ya…

—¡Medicamentos! —farfulló el paciente, irritado—. ¿Para qué? ¿Para no dormir jamás? ¿Para morir antes?

—No hable así, por Dios. —Vera dispuso las tabletas y el vaso de agua, acercándose a él—. Alguna vez conciliará el sueño, sin necesidad de morir. Es un tratamiento largo y difícil, pero dará resultados, ya verá…

Estaba junto a él. Iba a darle las tabletas, cuando él sufrió un repentino acceso y descargó un manotazo a la joven, aullando casi con rabia:

—¡Mentira! ¡Mentira, enfermera Chambers! ¡Todos pretenden engañarme, eso es todo…!

El vaso de vidrio se hizo añicos, las pastillas volaron por los aires… y Vera chilló, al sentir en su mano un roce cortante, como un zarpazo. Se miró el dorso, arañado, de donde brotaba sangre.

Atemorizada, clavó sus ojos en las manos de su paciente. No eran unas manos vulgares. Un manotazo de aquel hombre era un peligro siempre.

Porque las manos de Ross Baxter eran… dos garfios de acero, articulados.

CAPÍTULO V

UN VIEJO SHOW

—Dos garfios de acero…

—Sí. Así quedó para siempre ese hombre, El Gran Renzo o profesor Bonetti, como quiera llamarle, inspector —afirmó Lionel Miles, el viejo empresario teatral, dedicado ahora tan sólo a agente artístico de medianías, para géneros ínfimos. Su cabeza canosa, casi calva, asintió tristemente—. La señora Feldman le dijo la verdad, inspector. De los Bonetti no queda nada, o casi nada… Fue una historia sórdida y terrible.

—Escuche, Miles —habló con paciencia el inspector Wilde—. Sé que usted era por entonces empresario de esa clase de espectáculos, incluso que llevaba la carpa por provincias, cuando Betty Howard y Laraine Foster eran amigas y figuraban en el reparto, aunque una fuese sólo corista y la otra primera figura… La historia tiene más de quince años de vejez, pero me interesa lo viejo en estos momentos. Es el único nexo que tengo para relacionar un crimen con otro.

—Pero eso no tiene sentido, inspector —sacudió la cabeza Miles —. Tras lo sucedido entonces, Renzo Bonetti quedó reducido a una miseria humana. Inválido, enfermo, desfigurado… y sin manos. ¿Qué relación podría tener un hombre así con el crimen?

—No lo sé. Lo estoy indagando, Miles, y espero que su ayuda me sirva de algo en este maldito caso. Tengo entendido que había otro hermano Bonetti…

—Oh, sí… El pobre Carlo…

—Eso es: Carlo Bonetti. ¿Qué pasó con él? La señora Feldman no pudo decirme nada sobre ello. Al llegar a este punto sufrió otra crisis. Y su esposo, el señor Feldman, juró no saber nada de los Bonetti…

—Lo comprendo, inspector —el viejo Miles bajó la cabeza—. Carlo Bonetti… Dios mío, incluso añora siento horror cuando recuerdo…

—Cuando recuerda… ¿qué? —Se impacientó Wilde.

—Cómo quedó el pobre… Era algo espantoso, delirante… Apenas un esqueleto descarnado, informe, repulsivo y patético a la vez…

—¿Murió?

—¡Naturalmente! Murió, inspector. Cualquier hombre, con sus heridas, llagas y destrozos, tiene que morir. A pesar de que…

—A pesar de… ¿qué?

—A pesar de que mucha gente dejó de estar segura de ello tras lo ocurrido entonces… estoy seguro de que murió. Era un mozo guapo, muy guapo y arrogante. Las mujeres estaban chifladas por él. Tal vez eso lo explique todo…

—Miles, no entiendo una palabra de lo que dice. ¿Murió o no murió Carlo Bonetti, el menor de los dos hermanos?

—Mire, inspector: cuando alguien provocó el incendio y derrumbamiento de la carpa, Betty Howard sufrió heridas producidas por los soportes convertidos en astillas, un sinfín de personas quedaron malheridas o perdieron la vida. Renzo Bonetti se quedó inválido, con graves lesiones cerebrales y mutilaciones en sus manos, y su rostro convertido en un auténtico horror. Pero todo eso no es nada con lo que le tocó sufrir a Carlo… El muchacho, envuelto en llamas, trató de extinguirlas arrojándose a un bidón que creyó, en su locura, que contenía agua. Por desgracia, no era así. Aquel agua contenía una fuerte dosis de ácido, para un truco del espectáculo, y mientras sus quemaduras dejaban de sufrir el efecto del fuego, sufrieron el todavía peor del ácido, que corroía su carne de modo horrible, hasta convertirlo en un cuerpo mordido, llagado, descarnado y atroz, que dejó de existir entre atroces alaridos de dolor, revolcándose ante la carpa en llamas…

Hizo una pausa Miles, con el rostro lívido y sudoroso, los ojos dilatados por la angustia de sus recuerdos. Wilde, impresionado, le dejó tomar aliento, para luego proseguir, con voz ronca:

—Naturalmente, estaba muerto. Estoy seguro de ello. Los médicos también lo estuvieron. Carlo fue conducido al depósito de cadáveres… y de allí desapareció.

—¿Qué? —El hombre de Scotland Yard contempló estupefacto al viejo empresario teatral—. ¿Ha dicho usted que… “desapareció”? ¿De la Morgue?

—Eso es: de la funeraria… —resopló Lionel Miles—. Fue el horrible epílogo a una historia de por sí demasiado escalofriante… Se supone que alguien robó ese cadáver del depósito, quizá una histérica enamorada morbosamente del bello Carlo… Nunca se halló su cadáver. Pero lo que dijo aquel pobre loco, lo cambió todo, e hizo sospechar en una resurrección virtualmente imposible…

—¿A qué loco se refiere, Miles? —El inspector Wilde intuyó que estaba cerca de algo, de un hallazgo inesperado, imprevisible, en relación con el extraño caso—. ¿Es que sucedió algo más?

—El testimonio de aquel desdichado… Era guardián de noche de la funeraria… Estaba habituado a deambular durante esas inquietantes horas entre cuerpos sin vida, cadáveres de niños, ancianos, mujeres de cérea desnudez, desprovistas de todo sentido erótico, de hombres mutilados por accidentes o crímenes… Ya puede imaginarse lo que es la funeraria por dentro, de noche… No parecía posible que aquel muchacho viera visiones, tratándose de un experto de cuerpos humanos sin vida. Y, sin embargo…, enloqueció. Le recluyeron, en plena crisis, aullando, riendo, con ojos desorbitados, señalando al vacío y clamando a cuantos quisieran oírle, que él había visto cómo el cuerpo descamado, casi el puro esqueleto, de Carlo Bonetti, «se alzaba» de la mesa de mármol donde aguardaba la autopsia… y abandonaba el depósito de cadáveres «caminando por su propio pie», como un espectro…

Reinó un corto silencio. Desmond Wilde se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Se comprobó esa historia de algún modo, Miles?

—¿Cómo iba a comprobarse, inspector? —rechazó airadamente el agente artístico—. Algo asustó y desequilibró a aquel hombre, o los ladrones recurrieron a un truco digno de los Bonetti… Lo cierto es que el cadáver de Carlo no fue hallado jamás. Y que el pobre funcionario de la funeraria terminó sus días en un sanatorio psiquiátrico…

—Un sanatorio psiquiátrico… —Algo, no supo qué, le dio vueltas por la cabeza, y su subconsciente le alertó como una lucecilla roja que pronto se extinguió, sin que llegara a saber qué

era—. Está bien, Miles. Creo que es todo por el momento… Sólo un detalle más por aclarar… ¿Había algún lazo amoroso entre los Bonetti… y ellas dos, Betty Howard y Laraine Foster?

—Claro, inspector —rió entre dientes Miles—. Esas cosas son frecuentes en nuestro mundo de la escena… Lo había. Ambos hermanos estaban locos por una misma mujer: Laraine Foster. Y Betty Howard amaba sin esperanzas a Carlo… Se dice que aquella noche sucedió algo entre todos ellos… y eso provocó el incendio y derrumbamiento de la carpa. Pero nunca supe nada seguro. Ni yo, ni nadie…

Wilde asintió con la cabeza, encaminándose a la salida de las viejas y lóbregas oficinas de la agencia artística. Creía tener ya algo sobre lo cual seguir trabajando…

—Ah, algo más, inspector —captó a sus espaldas la voz de Miles —. Renzo Bonetti era viudo… y tenía una hija. Una hermosa criatura, Gina Bonetti…, Ahora tendrá casi treinta años… si es que aún vive.

Wilde no contestó nada. Se limitó a asentir, saliendo del viejo despacho, camino de la llovizna de la calle.

* * *

El doctor Adams dejó de tomar el café que iba apurando lentamente, mientras permanecía sentado frente a la ventana de su dormitorio, en la casa de huéspedes de la señora Manning.

Leyó más atentamente la información publicada en el *Daily Mirror*, bajo un llamativo titular, propio de tal publicación:

«EPILOGO SANGRIENTO PARA UN VIEJO
SHOW PERDIDO EN EL TIEMPO».

Había mucha información, fotografías de Betty Howard, de Laraine Foster, actual señora Feldman… Y de una joven pareja de malabaristas, magos y *showmen* de otra época: los Bonetti.

Pasó por alto bastantes párrafos, para centrar su interés en uno determinado:

«El inspector Desmond Wilde, de Scotland Yard, en sus pesquisas sobre las muertes sangrientas ocurridas últimamente en Londres, de

las que fueron víctimas una bella figura del musical y el amigo de una ex compañera de la anterior, hechos que la policía parece relacionar muy directamente entre sí, ha llegado a la conclusión de que, investigando el pasado de esos personajes, quizá se llegue a una solución del caso que apasiona hoy a Gran Bretaña.

»Un hombre, que quince años atrás se llamaba Renzo Bonetti, y que actualmente debe de estar inválido, usa manos ortopédicas y tiene el rostro desfigurado, es buscado por la policía activamente. Igual que la hija de ese hombre, Gina Bonetti, que actualmente tendrá unos veintiocho años de edad.

»Por otro lado, se busca a un hombre evadido de una clínica psiquiátrica, llamado Amos Warren, que fue internado hace quince años en ella, víctima de un ataque de demencia, provocado por algo que creyó ver en la Morgue, durante la noche. Prestaba allí sus servicios, y juró siempre haber visto salir por sí mismo al cadáver de Carlo Bonetti, hermano de Renzo, tras resultar horriblemente destrozado por un incendio pavoroso y un baño en ácido corrosivo».

Seguía la historia que Miles contara a Wilde pocas horas antes. El doctor Adams leyó el relato, con sorpresa e inquietud. El hecho de que el loco se evadiese, tras asesinar a sus dos enfermeros, justamente la misma noche en que fue muerta Betty Howard en el Vaudeville, hacía creer a la policía en una relación posible entre ambos casos. Adams movió su cabeza, afirmativamente:

—Lo había intuido —murmuró para sí, dejando a un lado el periódico—. Y el inspector ni siquiera me hizo caso…

Clavó sus ojos en la casa de los Baxter. Tomó los prismáticos. Repentinamente, un postigo acababa de entreabrirse, en la planta alta. Asestó los prismáticos hacia la casa. Estaban perfectamente graduados. La imagen fue nítida e instantánea.

Vera Chambers.

Era ella. El corazón de Shell Adams dio un vuelco. No había esperado sentir tal emoción al verla y comprobar que estaba perfectamente bien, ahuyentando todo posible temor sobre su suerte.

Vera asomaba a la ventana, entreabriendo muy levemente el postigo, como si temiera que su maniobra fuese vista desde alguna parte. Los binoculares la siluetearon con claridad. Una luz rosada, *démodée*, brillaba tras ella. Captó borrosamente Adams un viejo

mobiliario Victoriano, papeles pintados, adornos totalmente desfasados. La casa olía a viejo, más dentro que fuera. Viejo y triste. Vetusto y sombrío a la vez.

De repente, una segunda figura de mujer apareció tras de Vera. Ella se volvió. La contraventana se cerró de golpe. No quedó ni un hilo de luz. Sorprendido, Adams hizo descender sus prismáticos.

Había una contraventana astillada, agrietada. A simple vista, quizá sólo fuera perceptible la rendija de luz. Con los potentes prismáticos, esa rendija revelaba tener, al menos, un dedo de ancha.

Fugazmente, algo o alguien pasó por ese hueco, tras unos momentos de examen. Un cuerpo sólido, pequeño, de brillo metálico, deslizándose de una forma concreta.

Apartó los prismáticos de sus ojos. Adams se mordió el labio inferior.

¿Un coche de inválido, con ruedas?

Estaba seguro de que era eso lo que había visto. Creyó recordar que el señor Baxter era un hombre enfermo, de edad avanzada, medio lisiado… Sin duda se trataba de él, eso no tenía nada de extraordinario.

—Pero…, ¿por qué obligar a que cierren los postigos «siempre»? Vera parecía sobresaltada al verse sorprendida mirando… —meditó Adams en voz alta. Sus ojos joviales y centelleantes, tenían ahora una expresión seria, endurecida—. ¿Por qué impedirle visitas, por qué falsear su letra y su tarjeta de visita? ¿Es que está realmente «prisionera», secuestrada ahí dentro?

Estaba lleno de dudas, de indecisiones… Se detuvo de repente en medió de su dormitorio. Clavó los ojos en el Daily Mirror, olvidado sobre el sillón.

De repente, su mirada se centró, de un modo instintivo, en una frase escrita en el reportaje sobre los crímenes que acaparaban esos días la atención de todo Londres:

«… Un hombre que quince años atrás se llamaba Renzo Bonetti… Y QUE ACTUALMENTE DEBE DE ESTAR INVALIDO…».

Se inclinó sobre el teléfono. Buscó el número del 115 de aquella calle, en la guía. Marcó las cifras, con una nerviosa, rara tensión. Esperó.

Hizo la señal de comunicar. Probó varias veces más, con igual resultado. Recurrió al servicio informativo de Teléfonos. El informe

fue escueto:

—Lo siento, señor. Ese número se ha dado recientemente de baja. Hace justamente una semana.

Una semana… El tiempo que hacía que se inició todo. Adams tomó una decisión súbita. Volvió a descolgar el teléfono. Llamó a Scotland Yard. Al inspector Desmond Wilde, de Homicidios…

* * *

El automóvil oficial recorría la ciudad, bajo la neblina matinal y la fina, persistente lluvia, simple agua pulverizada sobre los paraguas e impermeables, pero molesta a fuerza de insistente.

—De modo que el médico se mete a detective… —comentó de pronto el policía, con cierto sarcasmo.

Adams le miró de reojo, con disgusto evidente. Sacudió la cabeza, malhumorado.

—No tiene gracia —declaró—. Estoy inquieto, preocupado.

—¿Por su amiguita, la enfermera Chambers? —Wilde hizo un gesto expresivo—. Vamos, vamos, no puede creer que, hoy en día, una muchacha moderna sea raptada por una familia, y obligada a permanecer encerrada en su casa. Eso no tiene sentido. La joven Chambers me pareció una chica muy capaz de resolver por sí sola sus asuntos…

—Estoy seguro de ello, inspector, Pero algo puede suceder en aquella casa…

—Doctor, usted asegura haberla visto asomar normalmente a la ventana, y cerrarla luego, sin señales de violencia…

—Pero tuve la impresión de que la obligaban a ello.

—Es sólo una impresión. Si son gente rara y gustan de no ver la calle, pueden exigirle a su enfermera que no abra las ventanas, sin necesidad de ponerle una pistola en el pecho. Si no gustan de visitas a su servidumbre o enfermera, también están en su derecho. Es la señorita Chambers quien puede cortar todo eso, despidiéndose simple y llanamente.

—Al menos que esté allí a la fuerza.

—Mi querido doctor, me está resultando usted demasiado imaginativo y fantástico para ser un médico responsable. Comprenda que esa joven no tiene plaza en un centro médico, fácilmente. Está empezando, y necesita trabajar como sea. Por duro

que sea el sacrificio, su profesión se lo exige, ¿no lo sabe usted mejor que nadie?

—Sí, pero… no me gusta esa casa. Ni tengo buen presentimiento, inspector.

—Si Scotland Yard se presentara en cada domicilio ciudadano sobre el que alguien tiene un mal presentimiento, hace tiempo que el Ministerio del Interior nos habría destituido a todos por molestar a honestos ciudadanos injustificadamente.

—Usted tiene un modo de ver las cosas. Yo, otro. Usted ni siquiera me escuchó cuando cité a ese hombre evadido de la clínica psiquiátrica aquella noche…

—*Mea culpa* —suspiró Wilde—. Sí, en eso fui un poco escéptico. Reconozco su buen sentido deductivo, doctor. Pero no siempre se acierta. ¿Qué sugiere usted que hagamos para comprobar si la señorita Chambers está sin novedad?

—No lo sé… —confesó sombríamente Adams—. Tal vez…, tal vez intentar visitarla… con cualquier pretexto.

—Cualquier pretexto… Doctor, si un inspector de policía visita a una enfermera, ellos tendrán suficientes motivos para pensar que no les conviene, y la despedirán. A nadie le gusta que la policía meta las narices en sus cosas.

—Pero podría fingirse familia suya, inspector…

—El efecto sería el mismo. No creo que eso gustara a su amiga, si la situación en el 115 de Old Church es normal.

—¿Y… si no lo es?

—Tendríamos que comprobar primero ese punto, antes de correr riesgos y hacérselos correr profesionalmente a Vera Chambers… De todos modos, le prometo, algo, doctor: tras la entrevista que tengo con los Feldman, y a la que usted desea asistir, haremos algo en favor de su amiga, esté seguro.

—Gracias, inspector —suspiró Adams, con evidente alivio, echándose atrás en el asiento del automóvil—. Muchas gracias… Sabía que haría algo así por mí. En justa correspondencia, inspector, le prometo informarle de todo, en cuanto sepa quién es el asesino del rostro abominable…

Wilde le miró de soslayo, con gesto entre huraño y divertido, y acabó por reír, sacudiendo la cabeza.

—Muy bien. A eso le llamo yo presumir de fanfarrón… y

mofarse de la policía, doctor Adams.

Y aceleró la marcha del coche, en dirección a la residencia Feldman, en Pall Mall.

CAPÍTULO VI

LOS BONETTI

Robert Feldman se pasó los dedos, pensativamente, por entre sus canosos, plateados cabellos, cuidadosamente peinados. Los ojos inteligentes y vivaces, brillaron tras las gafas de montura de oro que había puesto a caballo sobre su aguileña nariz, para leer el informe policial definitivo sobre la muerte y autopsia de Lex Vincent.

Laraine, su esposa, sollozaba ahogadamente en el lecho. Él tendió una mano. Oprimió los dedos de la mujer sometida a tratamiento médico para sus maltrechos nervios.

—Cálmate, querida —pidió con suavidad—. No hay nada que puedas reprocharte ahora…

—Eres demasiado bueno, Robert —musitó Laraine amargamente. Sus ojos arrasados de llanto se fijaron en él—. No llegó a haber nada entre Vincent y yo, pero me cortejaba, yo me sentía halagada con su compañía, y acepté su amistad incluso intrigada, pensando que sería una experiencia excitante y hermosa… Oh, Dios, Robert, cuánto mal pude hacerte… y cuánto mal he hecho a ambos, a nosotros dos…

—Aunque hubiera sucedido algo irreparable, Laraine querida…, tendría que perdonarte y disculparte —suspiró con amargura el marido—. Todo ha sido culpa mía. Te dejé demasiado tiempo sola, abandonada, mientras yo me ocupaba de mis industrias, mis negocios, mi vida financiera. Te juro que eso no volverá a suceder nunca más, cariño. Nunca más… Nombraré un administrador general, y permaneceré siempre a tu lado, para evitarte problemas así.

—Robert, además de perdonarme…, ¿vas a ser tan generoso como para concederme tu compañía y tu confianza, de un modo tan

absoluto, tan maravilloso? —musitó la enferma con tono cansado.

—Sí, querida. Porque mereces una oportunidad más. Pero sin que sea yo mismo el que te dé pie para buscar compañía. Vincent era experto en esas lides, era joven, atractivo y brillante… Entiendo lo que pudiste sentir, porque otras mujeres lo sintieran antes que tú… Está perdonado. Y olvidado. Para siempre, mi vida…

—¡Oh, Robert, cariño…! —extendió sus brazos, se abrazó a él, sollozando.

El inspector Wilde carraspeó, desviando la mirada. La cruzó con el doctor Adams que, sentado junto a él, en la amplia alcoba de la señora Feldman, asistía a la entrevista.

—Deberán disculparme, pero tengo otros asuntos urgentes que resolver, y deseo terminar la charla que inicié con ustedes el otro día, señora Feldman —expuso calmosamente el policía—. Lamento interrumpir esta escena, pero…

—No, no se preocupe —susurró Laraine Feldman, apartando los brazos de su esposo—. Todo esto es tan hermoso, que no me importa cuánto deseen ustedes preguntarme, todas las molestias que sean preciso tomarse por ayudarles…

—Sí, pregunte, inspector —apoyó Feldman, sonriendo—. Laraine y yo le ayudaremos gustosamente, esté seguro…

—Gracias. En realidad, deseo resolver cuanto antes este asunto, debido precisamente a su inquietante cariz. Temo por ustedes dos, para serles franco.

—¿Por… nosotros? —Se estremeció ella, repentinamente ensombrecido su rostro, antes tan radiante—. Cielos, ¿qué quiere decir con eso?

—Justamente lo que he dicho, señores. Dos personas, relacionadas con usted de un modo u otro, señora Feldman, han muerto violentamente en poco tiempo. Un hombre que se relacionó con el caso hace años, escapó de un manicomio estatal, tras asesinar a dos enfermeros de los que se había ganado la confianza a lo largo de casi quince años de inofensiva reclusión. Justo la noche del primer crimen, en el Vaudeville…

—¿Un manicomio? —Se alarmó Laraine—. ¿Quién era ese hombre, inspector?

—Amos Warren. Antiguo empleado de la funeraria. Dijo entonces que había visto salir, por su propio pie, a un hombre

destrozado, carcomido por el fuego y el ácido… Un hombre llamado Carlo Bonetti, ¿eso le recuerda algo?

—¡Dios mío…! —Demudada, la antigua Laraine Foster, estrella de variedades, aferró una mano de su marido, crispando sobre ella sus propios dedos trémulos—. Los Bonetti… Creí que todo eso estaba olvidado, perdido en el tiempo.

—No todo se pierde en el tiempo, señora —negó con la cabeza Desmond Wilde, ceñudo—. ¿Puede contarme algo de esos tiempos? ¿Sabe lo que sucedió realmente aquella noche, en la carpa? Me refiero a Birmingham, cuando se incendió su teatro-circo ambulante…

Laraine cerró los ojos. Su estremecimiento fue ostensible. Su marido la miraba, preocupado. La voz de ella brotó de sus labios carnosos, lenta y apagada como si viniera también de un lugar distante, allá en el pasado:

—Sí, ya sé lo que sucedió realmente, inspector… Quizá sea la única que lo sabe, ahora que Betty ya no existe, y que nadie sabe lo que fue de Renzo Bonetti…

—Me gustaría saberlo, señora. ¿Puede referírmelo?

—Puedo hacer algo más que eso —murmuró tristemente. Hundió una mano bajo las ropas del lecho, y algo crujió entre los pliegues de su bata liviana. Al sacar de nuevo la diestra, en sus dedos iba un viejo papel amarillento, que tendió al policía—. Lea eso, inspector. Le dirá muchas cosas.

Desmond Wilde, en silencio, tomó el documento. Adams se inclinó hacia él, lleno de viva curiosidad. Pudo ver un papel envejecido, doblado, escrito con tinta casi gastada por la acción del tiempo.

Ambos hombres pudieron leer simultáneamente aquel texto, escrito quince años antes:

> «Querida Laraine: Espero llegue a tiempo esta misiva a tus manos. Es un simple aviso. Pero hazle caso. Sé lo que me hago. No quiero que pueda ocurrirte un día algo irremediable. Y eso sucederá, si no lo evitamos entre todos. Laraine, cuídate de Carlo. Está como loco. Celoso hasta el paroxismo. Cree que ibas a ser su esposa, y yo te he quitado eso de la cabeza y le he hecho ver que nos queremos. No

comprende que tú y yo nos queramos y que sea algo mutuo, sin traiciones a él. Está demasiado habituado a que todas las mujeres estén locas por él, como esa necia de Betty Howard. Ha jurado vengarse, Laraine. De ti y de mí. Me preocupa. No sé lo que pasa por su mente, pero el otro día sufrí aquella inesperada avería en los frenos de mi furgoneta, y dudo que fuese accidental… Creo que lo mejor será marchamos de aquí definitivamente, y dejar a Carlo con el espectáculo. Milles ya ideará algo para completar el programa. Juntos, podemos ir a cualquier parte. La noche de actuación en Birmingham será la última. Esa misma madrugada nos marcharemos lejos, los dos solos. Con el tiempo, a Carlo se le pasará ese arrebato, estoy seguro. Deja tu respuesta escrita en la pizarra de los camerinos. Bastará con que, bajo los horarios de ensayos, pongas una letra «S» o una letra «N», para «sí» o «no». Destruye luego esta carta. No te fíes de nada ni de nadie. Si Carlo llegara a saber lo que proyectamos…, podría suceder lo peor. Tu:

RENZO».

Ahí terminaba la carta. El inspector se la devolvió a Laraine. La miró fijamente.

—Y usted guardó la carta, a pesar de todo… —musitó.

—Sí, inspector —confesó ella.

—¿Contestó afirmativamente?

—Claro. Renzo y yo nos queríamos. No dudé un momento. También a mí me asustaba, me preocupaba Carlo. Pero cometí ese error. Debió hallar la carta, o la estúpida de Betty la descubrió, dándosela a leer. Ella hubiera hecho cualquier cosa con tal de serle simpática a Carlo. Esa noche, en Birmingham… —Se cerraron los ojos de Laraine Feldman. Prosiguió, sin abrirlos—: Todo fue horrible. Empezó el incendio en los camerinos. Se había levantado un fuerte viento. Prendió pronto en todo el entoldado y las maderas, viejas y abundantes… El público escapó, despavorido. Intentamos extinguir el siniestro. Creo que Carlo lo provocó, en un acceso demencial de celos… Esa noche había estado tan raro… Betty apareció herida, golpeada. Sin duda había intentado impedir

la acción criminal de Carlo, en un rasgo de lucidez.

—Y luego…, ¿qué sucedió?

—Lo peor de todo. Renzo se quedó dentro, pugnando por salvar el caos… Cayó bajo las lonas y maderas encendidas… Se abrasó rostro, manos, cuerpo… Quedó espantosamente desfigurado. Tanto, que no siquiera permitió que nadie viéramos jamás su rostro vendado, cuando se despojó de esas vendas. Desapareció, sin que nadie sepa cómo, llevándose a su hija de trece años, fruto de su matrimonio, del que había enviudado. O tal vez ella le ayudó, no sé… Dijeron que estaba medio inválido, que había perdido virtualmente sus manos, aplastadas por un pesado soporte de hierro de la carpa… Le busqué en vano. De Renzo Bonetti, nada se supo. A Carlo se le encontró… agonizante en un tonel de ácido para unos trucos químicos que se realizaban en escena… Corroído, descarnado, espantosamente deforme y destruido… Murió, desde luego. Y fue al depósito de cadáveres, de donde dijeron que su cadáver había sido robado.

—No, según Amos Warren —sentenció el inspector Wilde—. ¿Cabe en lo posible que en su estado de entonces… pudiera «huir» por sí mismo?

—Cielos, no —se horrorizó Laraine Feldman—. Estaba medio descarnado, se le veían huesos del esqueleto, bajo sus llagas, su rostro era media calavera… Además… murió. Los médicos dictaminaron su defunción, inspector.

—Señora Feldman, mis investigaciones sobre los Bonetti han dado un singular resultado, en las últimas horas, respecto a uno de sus miembros, concretamente Carlo… ¿Quiere saberlo?

—¿Es… es importante? —susurró Laraine, mirándole fijamente, con temor.

—Puede serlo, señora… —asintió el hombre de Scotland Yard—. Carlo Bonetti sufría de una extraña dolencia, más común en otros tiempos que ahora. Su mal era… «catalepsia»…, ¿comprende bien?

* * *

—Catalepsia… —Sacudió la cabeza el doctor Adams—. Me suena algo decimonónico, inspector. Es una dolencia casi inexistente hoy en día…

—Lo sé, lo sé. Pero Carlo Bonetti la heredó de su abuelo, que la

sufría. He obtenido ese dato en un hospital donde fue atendido una vez, y estuvo a punto de sufrir muerte aparente…

—Muerte aparente —el joven médico frunció el ceño—. Eso es lo que pudo suceder en la Morgue, lo que causó la demencia de Warren…

—Evidentemente, pudo ser así —admitió gravemente el policía —. También pudo ser robado, y sufrir nuestro hombre una alucinación. Pero yo me pregunto ahora: ¿Por qué Amos Warren enloqueció otra vez, de súbito, la otra noche, llegando hasta el crimen? Robó un cuchillo, nadie sabe cómo, forzó la cerradura de su habitación… y luego se hirió, pero no lo bastante grave para no cambiar de idea y, tras herir a los dos enfermeros mortalmente, escapar de allí…

—Tuvo que ver «algo»… Algo que le enloqueció… —Fue el comentario reflexivo del doctor Adams—. Estoy seguro de ello, inspector.

—Sí, también yo lo he pensado. Desde la celda del enfermo se veía un cercano prado, que cae cerca de la carretera general de Londres a Hampstead, Pero ¿qué pudo ver, que le provocase semejante crisis?

—Si lo supiéramos…

Se mantuvieron en silencio mientras rodaba el coche hacia Chelsea, a buena velocidad. En realidad, se sentía impaciente. Hubiera preferido anteponer la visita a la casa de Chelsea a la entrevista con los Feldman, pero comprendía muy bien que de esa charla había surgido un rayo de luz para la minuciosa investigación del inspector Wilde.

Sólo que temía en su fuero interno si no se pagaría esa pista, a un alto precio irremisible, como podía ser la vida o la seguridad de Vera Chambers.

—Tal vez me esté pasando en mis temores y sospechas, inspector —murmuró Adams, tras una breve pausa—. Pero sigo preocupado por Vera. Incluso temo por su vida…

—¿Su vida…? —Le miró asombrado—. Cielos, doctor, ¿de verdad que no ha tenido últimamente alguna pesadilla o se ha visto influenciado por alguna obra terrorífica?

—Es instintivo, lo confieso. No tengo mucho en que basarme, salvo el hecho de que Vera utilice tarjetas demasiado caras, que su

letra sea diferente a la del hospital, que la casa tenga los postigos siempre cerrados, que no me permitan visitarla… y que exista en esa casa un inválido con silla de ruedas.

—¿Un inválido? ¿Qué tiene eso que ver? —se extrañó el inspector Wilde, arrugando el ceño.

—No sé… Puede ser casualidad que la señorita Chambers hubiera ido a parar a su casa, precisamente, ¿no lo cree usted así?

—A veces, se dan esa clase de coincidencias casi increíbles, inspector. Es sólo una vaga sospecha, pero me gustaría salir de dudas.

—Está bien. Saldremos de dudas, esté seguro —bostezó el policía, distraído—. Pero le anticipo que posiblemente…

Se detuvo. El radioteléfono de su coche estaba funcionando con una llamada repetida. Descolgó, atendiendo la comunicación. Su rostro cambió bruscamente. Colgó, mirando preocupado al doctor Shell Adams. El joven médico captó algo inquietante en su gesto.

—¿Qué ocurre ahora, inspector? —quiso saber, alarmado, inclinándose hacia su compañero de viaje en el automóvil oficial.

El rostro del inspector, a la grisácea claridad de aquella turbia mañana del otoño londinense, expresó auténtica preocupación y temor cuando le respondió:

—Un hombre que responde a la descripción de Amos Warren, el demente homicida fugado de la clínica de enfermos mentales, ha sido visto en Chelsea recientemente…

—¡Chelsea! —se alarmó ahora Adams, palideciendo—. Cielos, inspector, ¿es también «eso» una casualidad?

—No lo sé —confesó bruscamente el policía. Pero se inclinó y avisó al chófer oficial—: ¡Rápido, acelere y haga sonar la sirena! ¡Vamos a toda velocidad hacia esa calle de Chelsea!

El automóvil aceleró. Estaba muy cerca el mediodía…

* * *

El reloj del salón desgranó once viejas y desafinadas campanadas. Vera alzó sus ojos del libro que estaba leyendo, para mirar hacia la puerta cerrada de la cercana alcoba, la de su paciente, Ross Baxter. Seguía herméticamente encajada. El inválido de las manos amputadas había pedido que nadie le molestara, y de eso hacía dos horas. Cuando exigía eso, su hija y la señorita Vickers

se guardaban muy mucho de molestarle, alterando su soledad. Y Vera debía de guardar el mismo respeto a lo exigido.

Era casi un alivio. No le gustaba encararse al rostro hermético, inmutable, rígido por la parálisis, del inquietante individuo de la silla de ruedas y dé las pinzas de acero en lugar de manos. No le gustaba. Veía algo extraño y poco tranquilizador en él, sin saber qué podía ser ello. Quizá sus rarezas, el ambiente de la casa y la sensación de claustrofobia que le producían las contraventanas, perennemente ajustadas, sin permitir resquicio de claridad exterior, contribuían a todo ello.

Además, la noche antes había sentido deseo de asomarse a la noche, al exterior, añorando casi el fresco húmedo del otoño, la lluvia y la niebla. Eso le había costado una seria reprensión por parte de la amargada y áspera señorita Baxter. Repetir tal cosa, significaría ser despedida, con una nota adversa para la agencia de empleos. Algo que, en su primer trabajo, Vera no deseaba acumular en modo alguno en su hoja de servicios.

—Tendré que soportarlo todo —musitó para sí, fija su mirada en aquella hermética puerta que la separaba del inválido—. Por duro y molesto que sea, incluso humillante…, debo resistirlo. Si esto es una prueba, debo pasarla sin dejarme vencer.

Estaba llena de firmeza. Sólo esperaba que ésta durase lo suficiente.

Se dispuso a seguir leyendo cuando algo la interrumpió, llamando su atención. No era la primera vez que le ocurría. Ya al llegar a la casa y ser recibida por la extraña y fría señorita Vickers, había creído oír «aquello»…

No era posible. Nadie abría nunca la puerta del sótano. Y era de allí de donde había creído captar roces, sonidos indefinidos…

No, no podía ser.

Pero ¿por qué aquel ruido extraño en la bodega? No tenía sentido. Nadie puede vivir en un sótano que nunca se abre… ¿O… sí?

Se incorporó lentamente. Muy lentamente. Un leve crujido de su asiento ya logró sobresaltarla. Esperó. No ocurrió nada. Echó a andar hacia la puerta. Escuchó. Aparentemente, Ross Baxter no se movía. No hacía nada. Absolutamente nada. No producía ruido.

Las mujeres estaban arriba. La puerta de la casa, como siempre,

estaba cerrada con llave. No dejaban salir a nadie. Ni siquiera a ella. Si lo pedía… ¡zas! A la calle, con nota adversa en su expediente personal. Así eran las cosas.

Se apartó de la alcoba. Salió al corredor. Asomó a la planta superior. Oyó vagamente las voces de las mujeres. La hija de Baxter y Marjorie Vickers estaban arriba.

Vera caminó lentamente hacia el arranque de la escalera. Sabía que era un riesgo grave. Curiosear, meterse en los asuntos de la familia Baxter, suponía tal vez un despido fulminante y violento. De repente, pensó si no podría ser algo más. Algo peor…

—No, qué tontería… —susurró, acercándose a la puerta del sótano, cerrada con llave y pestillo desde el exterior, bajo el amplio arco de la vieja escalera—. ¿Qué otra cosa podría sucederme? No estoy en un castillo feudal, bajo el poder de un tirano, ni mucho menos. Afuera está Londres, en nuestros tiempos.

Londres… Se detuvo, pegada a la puerta hermética. Era raro, pero se sentía de pronto increíblemente lejos de la calle, de la luz del día, de la gente, de los autobuses, las tiendas, los teatros y cines, la televisión, la radio… y hasta el teléfono. Era raro que la avería del teléfono en la casa durase tanto, sin que nadie acudiera a repararla.

Se puso rígida. Tuvo un estremecimiento.

¡Otra vez!

El ruido…, los roces… Era un sonido extraño, difuso, lejano. Quizá al fondo de la bodega… Aquel rumor parecía…, parecía el deslizamiento de «algo»…, o de «alguien»… Se le erizó el cabello levemente en su nuca. ¿Un animal? ¿Alguna bestia oculta en el sótano? No, no lo creía…

Había también algo más. Un jadeo…, una especie de raro susurro… Vera sentía palpitar su corazón, sorda, violentamente. Retumbaba dentro de su tórax. Y parecía rebotar en el tamborileo de sus sienes.

Llevada de un impulso inexplicable, de algo que la movió a hacer aquello que su propio instinto la advertía que podía ser peligroso, pegó la boca al oscuro, insondable agujero de la cerradura. Y musitó algo, elevando poco a poco la voz, de forma que pudiera llegar al último rincón de aquel misterioso sótano:

—¿Quién? ¿Quién está ahí, por el amor de Dios? Responda

quien sea, se lo suplico… Responda, dígame algo… Sólo trato de ayudarle, de serle útil… Responda, dígame si, realmente, hay ahí alguien con vida, alguien necesitado de ayuda…

Esperó unos momentos. En vano. Era lógico. No podía ser cierto. Era simple imaginación, acaso sonidos de otro lugar, a través de alguna pared… Silencio. Nadie respondía.

Y, sin embargo…

Sin embargo, había un roce, un murmullo, un sonido ronco que se acercaba, que se notaba cada vez más próximo a aquella puerta. Como un arrastrar penoso y extraño, casi inhumano…

Fascinada, la joven enfermera permaneció pegada a aquella hoja de madera, pendiente de aquel inquietante sonido, tan difícil de identificar.

Cuando ya se retiraba, le llegó aquel susurro escalofriante:

—Por… favorrrr… Porrr… Diosssss… Ayu… ayuda… pron… pronto…

Esta vez sí que sintió erizarse sus cabellos hasta el límite. Angustiada, incrédula, contempló aquella puerta cerrada, el enigma viviente que encerraba, la voz que respondía desde la sombra del sótano…

Dominó sus terrores. Se pegó a la hoja de madera. Musitó, trémula:

—Entonces…, entonces, hay alguien… ¿Quién, quién es? ¿Qué puedo yo hacer?

Esperó un segundo, dos, acaso tres. Luego, la respuesta en el murmullo estremecedor:

—Maldi… tos… Tengo sed…, tengo necesidad… de… sa… salir… ¡Salir…! Quiero… luz…, luz… Quiero… morir…, morir… y ma… matar…

Matar…

Vera Chambers tembló, pegada a la hoja de madera, con un sentimiento casi morboso de curiosidad, de afán, de esfuerzo por hacer algo en favor de un ser vivo, humano sin duda…, pero que deseaba morir. O matar.

—Le ayudaré —prometió en un sollozo, casi sintiéndose al borde del histerismo—. Le ayudaré…, quienquiera que sea…, necesite lo que necesite… Mi misión es ayudar…, ayudar a la gente… que me necesite, que me reclame…

Y exasperada, arañó, presionó, golpeó la puerta…

—Muy bien, señorita Chambers. Ayudará a quien lo necesita —dijo la voz a su espalda.

Gritó, asustada, girando la cabeza. Contempló con terror al hombre sentado en la silla de ruedas, con las manos ortopédicas, con el rostro inescrutable, inmóvil como una carátula, la mirada cruel fija en ella…

Ross Baxter la había sorprendido, apareciendo sigilosamente con su asiento móvil por el otro pasillo…

Algo maligno captó en aquel hombre, en su presencia, en el tono ronco de su voz, aquella voz que emergía de unos labios extrañamente inmóviles. Corrió hacia la salida, pero fue inútil.

Rápido, el inválido situó su asiento en ese camino, bloqueándole el acceso. Sus manos engarfiadas se alzaron, como dos pinzas monstruosas de acero, prestas a degollarla. Vera chilló, despavorida, agazapándose contra el muro.

En la escalera, aparecían ya, pálidas y alarmadas, las dos mujeres: la hija y la sirviente de Baxter. Sus miradas acusadoras hacia Vera, no presagiaron nada bueno ni esperanzador para ella. Su terror fue en aumento.

—Ya visteis —silabeó Baxter glacialmente—. Jugó a detectives. Curioseó demasiado…, y descubrió el secreto. Ya os dije que no me gustaba esta enfermera.

—Debimos echarla cuando vino su amigo el médico, a verla… —Silabeó heladamente Marjorie Vickers.

—El doctor Adams… ¡El doctor vino a visitarme! —Sollozó Vera —. ¡Y nadie me lo dijo, nadie me avisó! ¡Quiero salir de aquí, quiero salir de aquí en seguida!

—Muy bien —la mirada maligna del inválido se fijó en ella, vengativa—. Se hará lo que pide, jovencita… Saldrá de aquí. Ahora mismo.

—Sí, sí, por favor, por caridad… —jadeó ella ahogadamente—. No quiero nada, Ni paga, ni buenos informes… ¡Nada! No quiero nada, palabra. Sólo salir…

—Claro —rió el inválido—. Tiene perfecto derecho. Es libre, jovencita. Esperad, hija mía. Yo tengo la llave de esa puerta…

—Papá… —murmuró con voz ronca Judy Baxter, poniendo en su palabra una rara entonación, que Vera no entendió de momento.

La mirada de él la fulminó. La hizo callar.

Luego, movió su silla con rapidez, usando una sola mano metálica sobre el sistema rodante. Al mismo tiempo, la otra mano aferró a Vera. Chilló la joven enfermera, horrorizada. Trató de desasirse. Tarea inútil.

La pinza de acero la sujetaba por sus ropas violentamente. Al zafarse de esa presión, las pinzas retuvieron su cabello rojo. Tiraron de ella con brutalidad. Detuvo la silla ante la puerta del sótano. Su pinza dejó la silla, y metió una llave en la cerradura. La hizo girar dos veces. Abrió la puerta.

Luego, tiró a Vera al oscuro, lóbrego, húmedo interior. Sonó un jadeo ronco en su fondo, como un estertor inhumano… Vera chilló, en el paroxismo de su terror.

En un esfuerzo supremo, se había aferrado con sus uñas al rostro mismo del inválido, en un movimiento instintivo, muy propio de una mujer. Esperaba arrastrar consigo a Ross Baxter, al fondo del tétrico sótano.

No fue así.

En vez de ello, una máscara rígida, de materia plástica flexible, quedó en sus manos, desprendiéndose de la cabeza de Baxter. Antes de hundirse en la bodega, escaleras abajo, a los dominios del desconocido terror viviente, pudo vislumbrar el auténtico rostro del inválido de la silla rodante, del hombre de manos ortopédicas de acero y de ojos crueles y malignos.

Su grito de terror, hundiéndose en la sima negra junto con ella, no era sólo por lo que le esperaba en poder del ser horrible de las tinieblas, sino porque Ross Baxter… ¡no tenía rostro!

CAPÍTULO VII

LA «COSA» EN LA BODEGA

Oscuridad.

Oscuridad profunda. Humedad. Silencio. Acaso la muerte misma…

Eso es lo que acogió a Vera Chambers en su viaje al fondo del horror. Rodando su cuerpo por los escalones, rebotando sobre piedra mojada y resbaladiza, con hedor a moho y a olvido, camino de algún desastre inimaginable…

Pero la oscuridad, el silencio, la humedad, el hedor y la muerte, ya no podían asustar a Vera en su viaje a lo desconocido. Había visto, durante un fugaz instante, la más terrible y estremecedora imagen del pánico, el auténtico rostro del pavor…, donde ni siquiera había rostro.

Porque el inválido Baxter, el viejo enfermo inválido a quien debiera cuidar, el presunto paralítico facial…, el hombre que no podía dormir, porque sus nervios sufrían un mal extraño e insólito que impedían el reposo del sueño…, ni siquiera tenía rostro. Aquella cara suya, paralizada en apariencia, fue siempre una máscara, una carátula de plástico, fingiendo una faz donde no había nada.

Debajo carne informe, tumefacta, grumos de piel y músculos contraídos, en torno a un agujero que era la boca, dos boquetes que eran las fosas nasales…, y dos ojos sin párpados, desorbitados, esféricos y horribles, entre venas y nervios entrelazados.

Aquel monstruo era Ross Baxter. Sin cara, sin manos…, pegado a una silla de metal con ruedas, ayudado por una hija enfermiza y una sirvienta fiel y hermética…

Vera golpeó algo sólido. Un suelo duro, pero recubierto de paja,

de trapos y mantas viejas, con olor a suciedad. Eso redujo algo el impacto final. Aun así fue doloroso. Se quedó gimiendo, sollozando. No le importaba aquello. No le importaba nada. Lo peor, lo terrible…, era que había visto ante sí una desconocida imagen del mundo. El negro espejo del pánico, la angustia de lo desconocido, de lo monstruoso, de lo insólito e infrahumano.

Arriba, se había cerrado la puerta de nuevo. Ella era también otro prisionero en la bodega. Otra víctima junto a… a «la cosa» viviente que allí medraba misteriosamente, olvidada de todos.

Hubo unos instantes de calma, de silencio, de reposo. Su cuerpo le dolía, sus sienes le latían fuertemente. El corazón palpitaba con fuerza. Estaba segura de no sentir ya terror alguno ante nada ni ante nadie.

No podía haber nada más espantoso, más terrible y enloquecedor que la visión recién experimentada frente al inválido de manos de metal punzante. Se había asomado, tras una máscara de artificio, a la auténtica faz del horror…

Y ahora…, ahora ¿qué le esperaba en los dominios oscuros de lo ignorado?

Giró la cabeza, angustiada. Algo reptó escalones abajo. Algo se iba aproximando a ella, paulatina, inexorablemente. Algo que, sin duda, era humano, a juzgar por sus palabras…

Pero ¿lo era, realmente?

No iba a tardar mucho en saberlo. Lo sentía cerca. Cada vez más cerca, más inmediato a ella…

El roce se acercaba. La sensación de vecindad, también. Un aliento, un vaho, una respiración entrecortada emitía un susurro estremecedor en la sombra. Sobre la humedad viscosa de la piedra del subterráneo, aquella forma, aquella «cosa» viviente iba hacia ella…

Vera hubiera deseado morir. Era más piadoso que todo esto, mucho más. Pero no podía evitar que las cosas siguieran hasta su final, por ese camino inexorable y, quizás, aterrador.

Pegada al suelo, sacudida por los sollozos, invadida por un frío y pegajoso terror, esperó…

Esperó, mientras aquella forma viva reptaba, descendía, llegaba cerca de ella y, de repente, la tocaba…

Chilló ante el contacto húmedo y helado. Un histérico pavor la

invadió, y se revolcó por el suelo de piedra, intentando eludir aquel roce siniestro…

Pero, inevitablemente, su cuerpo tocó un muro, una sólida pared, también de piedra gélida y mojada. Se aferró a ella en vano. La «cosa» llegó de nuevo, notó su proximidad, su roce frío, su hálito maloliente…

Una garra helada tocó su cara, apretó su boca, ahogando su alarido de infinito terror…

* * *

Los golpes se repitieron, tras la tercera llamada al pulsador eléctrico.

El timbre tintineó musicalmente en el fondo de la casa cada vez, con un campanilleo monocorde, al que nadie pareció atender. Luego, Wilde probó con sus nudillos, enérgicamente.

—Me temo que no abrirán —dijo roncamente el doctor Adams con el rostro tenso, el gesto endurecido—. Cuando yo vine de visita, mostraron muy buen oído…

El hombre de Scotland Yard se volvió hacia el médico. Cambió con él una mirada reflexiva. Luego, hizo un gesto al chófer de la policía que conducía su coche oficial.

—Abra esa puerta, Higgins —ordenó—. Como sea.

—En seguida, señor —asintió entusiasmado el policía, aproximando su corpulenta humanidad a la entrada del número 115 de Old Church Street, en Chelsea.

Bastaron dos cargas violentas de aquel corpachón, para que el acceso quedara libre. Wilde, previsor, extrajo un reglamentario «38» de entre sus ropas, y precedió al impetuoso doctor Adams, que trataba de penetrar a paso de carga en el domicilio de los Baxter.

—Espere un momento, doctor —avisó secamente el policía de Homicidios—. No quiero añadir un médico a la lista de posibles víctimas.

—Pero tal vez sí pueda sumar ya una joven enfermera, inspector —acusó duramente Adams.

—Se precipita. De todos modos, esto que estamos haciendo es ilegal…

—¡Al diablo la legalidad! —tronó el joven médico, irritado—. Hay una vida en peligro, inspector, y eso creo que es lo que cuenta

ahora…

El inspector le hizo un gesto de silencio, amartillada su arma. Escuchó muy atentamente, mirando arriba, y luego a la planta baja. Ni él ni Adams escucharon nada especial. Era como si la casa estuviera deshabitada.

—Yo voy arriba —dijo Wilde a su subordinado Higgins, que entraba ya en la casa, porra en mano—. Usted, recorra la planta baja con el doctor. Si les ataca alguien, no duden en pegar duro.

—Esté cierto de ello, señor —prometió el fornido policía, echando a andar con Shell Adams, hacia el interior de la vivienda.

Tras un espacio de un par de minutos, se reunieron los tres hombres en el vestíbulo, nuevamente. Se miraron entre sí, perplejos.

—Nadie arriba —informó Wilde.

—Nadie abajo, señor —explicó Higgins, ceñudo.

—¡Volaron! —Murmuró secamente Adams—. Y tal vez se llevaron a Vera…

Siguió un tenso silencio. Nadie sabía qué añadir. El temor, sin embargo, era común. De repente, Shell Adams se irguió. Aguzó el oído.

—Chist… —musitó—. Escuchen, por favor…

Wilde y su subordinado trataron de captar algo. Durante unos momentos, todo fue silencio. Luego, en alguna parte, captaron un gemido. Y unos sonidos apagados e inexplicables…

Rápido, Adams miró en tomo. Elevó los ojos hacia la escalera. Creyó captar más claramente el sonido lejano en ese punto. Pero Wilde había dicho que no había nadie arriba. Y el hombre de Scotland Yard no era tonto.

De repente, los ojos de Adams, al desviarse de los escalones, se clavaron en un punto insospechado. El único lugar no registrado ni examinado…

¡La bodega!

—¡Oh, Dios, no! —rugió sin decir palabra alguna a nadie.

Y se precipitó sobre la puerta hermética, situada bajo la escalera, en un ángulo del vestíbulo, como era habitual en las casas británicas. Cargó violentamente una, dos, tres veces, mientras el inspector y Higgins corrían en ayuda suya, sorprendidos y sobresaltados.

Con un formidable crujido, cedió la hoja de madera, astillándose violentamente, en torno a la cerradura. De alguna parte, un grito de mujer llegó a ellos:

—¡Doctor Adams! ¡Socorro! ¡Por favor, ayuda…!

—¡Vera, amiga mía, allá voy! —rugió con voz potente el joven médico, precipitándose con impulso temerario hacia las sombras—. ¡Estamos aquí para ayudarla…!

Tropezó violentamente con los primeros escalones, y estuvo a punto de irse al fondo, dado lo resbaladizo de los mismos. Pero se rehízo, recuperó el equilibrio, y siguió adelante, resuelto a todo, pese a no llevar consigo luz ni armas, arrostrando casi de modo suicida la oscuridad y el peligro latente que, sin duda, amenazaba allá, en la masa de sombras. Sobre todo, cuando advirtió la rota voz de Vera, cuajada de angustia y de miedo invencibles:

—Cuidado… ¡Cuidado, doctor Adams! Aquí, junto a mí…, está él…, esa «cosa»…

Él… Una cosa. Ni siquiera le daba el nombre de… de ser humano. Sintió un escalofrío, preguntándose con qué iba a encontrarse cara a cara, qué era lo que habitaba en la sima negra, donde se hallaba cautiva Vera Chambers, justificándose así ampliamente todos sus temores.

Pero, pese a ello, siguió descendiendo, sólo con las precauciones naturales que le exigía lo húmedo y viscoso de los escalones, la pátina mohosa que podía dar con su cuerpo abajo, en un impacto doloroso o quizás mortal.

Arriba, la voz del inspector Wilde sonó estentórea:

—¡Espere, doctor, no sea loco! ¡Tenemos luz y armas, aguárdenos! ¡No debe correr riesgos innecesarios…!

Y, efectivamente, retumbó un disparo de arma de fuego y llameó arriba el fogonazo, quizás en un simple aviso para lo que podía aguardarles abajo, mientras la potente lámpara eléctrica, en manos del chófer de Scotland Yard, Higgins, barría con un fuerte haz de luz blanca todo el sótano en tinieblas.

Adams, que ya llegaba a su fondo, emitió un grito de horror y sintió que se helaba la sangre en sus venas. Los cabellos de su nuca se erizaron instintivamente, cuando sus ojos, siguiendo el rastro de luz, pasaron por encima de la figura vestida de blanco, caída en el húmedo suelo, con el rostro casi tan blanco como su uniforme de

enfermera…, para detenerse en… en aquello que reptaba, no lejos de Vera.

—Dios mío… —jadeó el joven doctor Shell Adams—. No es posible…

La «cosa», que casi rozaba ya a Vera, ante el grito de terror de ella, giró sus ojos hacia Adams. Los clavó en él, con indefinible expresión. Por las escaleras, descendían ya Wilde y su subordinado.

A ambos les oyó Adams soltar imprecaciones de vivo horror, mientras él mismo ni siquiera tenía fuerzas para pronunciar ya voz alguna, ante la presencia de aquel alucinante ser de las tinieblas…

* * *

Nunca, antes de ese momento, el doctor Adams, en su propia carrera médica, enfrentándose a auténticas aberraciones físicas, había encontrado algo semejante, algo tan enloquecedor e increíble como aquel ser que arrastraba su fea y repulsiva miseria humana junto a la horrorizada Vera Chambers.

Ni siquiera parecía ya un hombre, aunque sin duda lo fue alguna vez. Su aspecto, su estado, era una mezcla de aterrador y lamentable. El último grado a que un ser viviente podía llegar como tal…

Prácticamente, era sólo un esqueleto recubierto de harapos y de jirones de carne tumefacta y llagada, que asomaba sobre su osamenta. En algunos puntos de aquel cuerpo horrible, el hueso era visible a través de grandes boquetes y de llagas atroces. Su rostro…

Su rostro era el paroxismo de lo aberrante. Descarnado en parte, dejando ver sólo piel tirante sobre un lado de su frente, y el hueso lívido del cráneo en el otro, lo mismo que el pómulo huesudo, desnudo de carne, bajo un ojo desorbitado y grisáceo, informe y, por supuesto, sin visión alguna.

El otro ojo, colgando entre unos párpados sin pestañas, sí era un vidrio brillante, a la luz de la lámpara eléctrica. Lo guiñó, deslumbrado por la claridad, y balbuceó cosas incoherentes, cubriéndose con unas manos que no eran sino piltrafas deformadas, huesos contrahechos y piel, apenas sin carne debajo y con huellas de horrendas quemaduras y mordeduras corrosivas en la carne…

—Ese hombre…, ese hombre debió ser alguna vez… Carlo Bonetti… —dijo, estremecido de horror, el inspector Desmond

Wilde.

Adams asintió, impresionado, mientras Vera se incorporaba, corría hacia él, y el ser que reptaba, la forma humana, velluda en su mentón, pero apenas con ralas mechas grisáceas en su cráneo pelado, abrasado por el fuego y los ácidos quince años atrás, balbuceó cosas ininteligibles, entre algunas que sí captaron los estremecidos testigos del horror oculto en la bodega de la casa de Chelsea:

—Yo… sí… Car… Carlo… Bo… bo… Bone… ttiiiii… Yoooo…

Era un estertor que difícilmente recordaba una voz humana. Bronco, desfigurado, patético.

Wilde le encañonaba con su revólver. La luz de Higgins caía sobre él casi violentamente, envolviéndole en su cruda blancura. Vera Chambers, rota por las emociones, estallando en llanto súbito, se abrazó al joven Adams, y apoyó su pelirroja cabecita contra el pecho del joven médico.

—Oh, ha sido horrible… —sollozó—. Todo horrible… Ellos, los Baxter, padre e hija…, me encerraron aquí, con ese monstruo… No, no le hagan nada, pobre ser. No trató de dañarme. Sólo…, sólo es una piltrafa viviente. Y lleva años así…

—Años… —murmuró con angustia el inspector de policía, contemplando a Carlo Bonetti—. Dios mío, qué crueldad. La venganza, la horrible venganza de un hombre, de su propio hermano… Usted tenía razón, no hay duda, doctor Adams… Baxter es Renzo Bonetti… Recuperó a su hermano Carlo hace quince años, cuando desapareció del depósito de cadáveres… Sin duda, Carlo sufrió otra catalepsia, y al despertar allí, pese a su estado, escapó… Encontró a Renzo, y éste le ha hecho pagar durante todo este tiempo el mal que le causó…

—¿Ha visto su rostro, señor? —preguntó Higgins, demudado—. Debe ser el monstruo asesino que vio la señora Feldman en su casa aquella noche…

—¿Su rostro? —musitó Vera, hablando entre sollozos. Miró al policía y negó con la cabeza—. Oh, no. He visto otro más horrible, más cruel y malvado… El propio Renzo Bonetti, como ustedes dicen… Ross Baxter, el inválido de manos de pinza de acero… Llevaba una máscara, no es que fuese parálisis facial… Debajo hay una cara horrenda, una auténtica carátula del Mal…

—Por desgracia, los pájaros han volado —suspiró amargamente el inspector—. ¿Había alguien más que el tal Bonetti y su hija?

—Sí… Eran los dos supuestos Baxter, padre e hija…, y Marjorie Vickers, su doncella y ama de llaves. Una mujer dura, fría, muy fiel a su amo…

—La conozco —asintió Adams, comenzando a subir la escalera del sótano, para que Vera no tuviese más ante sus ojos aquel espectáculo escalofriante del fondo del subterráneo—. Busque a los tres, inspector. Evidentemente, entre todos ellos cometieron esos crímenes… La mente debe ser la de Renzo Bonetti. Lo que importa saber es si pudo ser él mismo…, o alguna de ellas, el brazo ejecutor.

—Él, no lo creo —musitó Vera—. Está pegado a su silla de ruedas…

—Eso nunca se sabe, señorita Chambers —rechazó el inspector, sombrío—. Puede suceder que, del mismo modo que no existía tal parálisis facial, tampoco exista la invalidez, y sea capaz de salir de esa silla en alguna ocasión, quizás bajo una crisis de odio. ¿Sería clínicamente posible, doctor?

—Muchas cosas pueden ser clínicamente posibles, inspector. Incluso aquellas que no lo son, parecen factibles ahora… —señaló abajo, a la masa humana apenas reconocible—. Ese mismo desdichado…, clínicamente no puede vivir. Y ya ve: lleva ahí años enteros…

—Me gustaría saber qué podemos hacer por él, al sacarlo de aquí, doctor —comentó el inspector Wilde, ceñudo.

Shell Adams movió dubitativamente su cabeza, ya en la puerta de salida, que cruzó con un suspiro de alivio.

—Bajaré ahora para ayudarles a sacar de ahí en las mejores condiciones posibles a ese desdichado —dijo—. Pero mucho me temo que no sea capaz de sobrevivir al enfrentamiento con la realidad, con la vida misma… Ya le dije que, clínicamente, lleva quince años siendo un cadáver que anda… No puede continuar así, estoy seguro…

—De todos modos, hay que intentarlo —suspiró el policía—. Quizás ese hombre, o lo que quede de él, pueda explicarnos algo que nos dé la pista final hacia el asesino de Betty Howard y de Lex Vincent…

—Por supuesto, inspector. Además, por simple humanidad hay

que intentarlo todo —admitió Adams—. Pero será inútil prolongarlo. No puede durar así…, ni creo que sea tampoco deseable que ello ocurra. La muerte, para ese espectro viviente será, después de todo, un auténtico descanso que, tal vez, esté deseando…

Cuando salieron de la casa de Chelsea, tras llamar el inspector Wilde al sargento Dekker y a algunos agentes para ocupar la vivienda abandonada, recibieron el mensaje de urgencia desde New Scotland Yard.

Lionel Miles, actual agente artístico, que hace años fuera el empresario de la compañía en *tournée* de los Bonetti, había aparecido muerto en su oficina.

Alguien le había destrozado terriblemente con un mazo medieval de hierro, rematado en una esfera erizada de pinchos.

CAPÍTULO VIII

APOTEOSIS DE SANGRE

Shell Adams retiró la mirada de aquel atroz espectáculo. El médico forense, tras dirigir una ojeada recelosa a su colega, se enfrascó en el examen de los sangrantes, triturados restos humanos.

La oficina toda, aparecía salpicada de sangre por doquier, en muebles, paredes, y techo. La masacre había sido terrible. Unas huellas de chanclos de goma, aproximadamente del número 43 o 44, dejaban impresiones de sangre en suelo y raídas alfombras, camino de la salida. También en los lóbregos escalones de acceso a la calle. Pero cerca de ésta, esas señales desaparecían por completo.

El reloj del infortunado ex empresario aparecía roto, hendido por un golpe. Y parado justamente a las doce y diez minutos de aquel mediodía.

Un vecino del piso alto, dedicado a ensayar números musicales al piano con nuevas intérpretes aficionadas, en una agencia de coristas, había visto la puerta a medio abrir y las huellas sangrientas, avisando a la policía.

—Ha sido horrible —murmuró Wilde, reuniéndose con su joven amigo—. El peor de todos, hasta ahora… Ese ensañamiento, esa furia asesina… Resulta difícil imaginarse a alguien con tal cantidad de odio y de afán homicida dentro de sí. El pobre Miles era sólo un viejo indefenso…

—¿Está seguro de que se trata de la misma persona, inspector?

—Segurísimo. ¿Usted no?

—Yo no soy policía, aunque a veces haga suposiciones —suspiró Adams—. Pero evidentemente, yo diría también que el mismo criminal ejecutó los tres hechos.

—Ese reloj quiere decir que el hecho tuvo lugar a mediodía.

Poco después de las doce. A las doce y veinte minutos llegamos nosotros a la casa de Chelsea, y la señorita Chambers calcula que llevaba ya casi una hora encerrada. Si el asesino es Bonetti o una de las dos mujeres que le acompañan, les sobró tiempo de venir hasta aquí y ejecutar su acción.

—Sí, creo que es cierto. Pero ¿por qué, inspector? ¿Por qué también a un pobre viejo?

—Es una venganza, amigo mío. Una vieja venganza, sangrienta y horrenda. Un auténtico grand guignol, como los que ellos representaban en la escena… un *show* montado a base de impresiones auténticas, de sangre real, de crímenes no fingidos…

—Pero una venganza, ¿contra qué o contra quién? Primero Betty Howard, luego ese *play-boy*, Vincent…, y ahora Miles. ¿Eso tiene sentido, inspector?

—A primera vista, admito que no mucho —resopló el policía—. Pero es la revancha de un loco. De un monstruo enloquecido de furia… Acaso es una venganza colectiva. Primero Betty Howard, que fue la enamorada de Carlo Bonetti y trató de ayudarle al delatar la existencia de la carta de Renzo a Laraine… Después la propia Laraine, que eligió a otro hombre y se casó con él, olvidándole… En vez de vengarse sobre ella…, mató a su mejor amigo, sabiendo el daño que eso le causaría… Y ahora, Miles, su antiguo empresario. Sólo Dios sabe por qué profundos recovecos de su mente circula la razón de tan absurdo crimen. En su demencia homicida, Bonetti quizás deforma las cosas, ve culpables donde no los hubo, realmente… Ya sabe algo sobre eso, doctor, aunque no sea psiquiatra: la manía persecutoria de los enfermos mentales…

Asintió el doctor Shell Adams, sombrío el gesto. Su mirada se fijó en las huellas sanguinolentas que iban hacia la planta baja. Hizo una seca observación mientras reflexionaba:

—Según eso, sólo Renzo Bonetti pudo ser culpable. Ese calzado es de hombre, inspector…

—No se fíe demasiado de ello. Una mujer, hoy en día, puede calzar hasta un cuarenta y cuatro o más. Ignoramos qué pie tienen Gina Bonetti y Marjorie Vickers…, Además, nada más fácil para una mujer que usar chanclos de goma o cualquier otro calzado masculino, sobre su propio calzado, siempre que no use tacón, para

dejar unas falsas huellas que desorienten a la policía.

—Sí, ya había pensado en ello, inspector. —Adams permanecía profundamente pensativo—. Se me está ocurriendo que, tal vez, pese a su espantoso aspecto, Renzo Bonetti no sea el ejecutor material de los crímenes, sino sólo su cerebro rector. Quiero creer que, si no se movió de su silla para atacar a Vera, es porque, realmente, está inválido. En ese caso, cualquiera de ambas mujeres podría ser la ejecutora. Piense que un mandoble, un hacha o un mazo medieval, pueden igualmente ser utilizados por una mujer, con tanta contundencia como por un hombre. El poder destructor está en la propia arma.

—Muy bien visto, doctor —alzó Wilde su irónica mirada hacia el joven médico—. Vuelve usted a jugar a los detectives. Excelente. Dígame, en ese caso: ¿no le ve encaje posible en este rompecabezas al loco evadido del manicomio aquella noche?

—¿Amos Warren? —Perplejo, negó con la cabeza Adams, arrugando el ceño—. No. Es un factor en el que no había pensado…

—Pues vale la pena no olvidarlo. Recuerde que fue visto por Chelsea, él o alguien muy parecido a Warren. Pudiera ser que los Bonetti facilitaran su fuga y su crisis mental por tanto. Y luego…, hayan utilizado a Warren como ejecutor de los hechos. Sabremos en seguida qué número de calzado usa, y…

En ese momento, Higgins hizo acto de presencia en la angosta escalera del viejo edificio de oficinas, avisando al inspector Wilde:

—Señor, una noticia urgente de Scotland Yard…

—¡Diablo! ¿Otra? Démela ya, Higgins. El doctor Adams es de confianza…

—Inspector, Amos Warren, o alguien idéntico a él, ha sido visto también por una estanquera. Lo identificó por las fotografías del periódico…

—Bien, bien. ¿Dónde ha sido eso, Higgins, esta vez? —se alarmó Wilde.

—En Pall Mall, señor, hará cosa de un par de horas…

—¡Pall Mall! —Palideció vivamente Adams, encarándose con el policía—. ¡Inspector, allí…, allí vive…!

—¡Infiernos, sí! —Rugió Wilde—. ¡Sé quién vive, doctor! ¡Los Feldman…! ¡Pronto, vamos allá, antes de que sea demasiado tarde! ¡Higgins, llame a un coche-patrulla con cuatro agentes, y que vaya a

Pall Mall para iniciar una labor de estricta vigilancia!

—Sí, señor —asintió el policía, mientras el inspector y Adams corrían al coche oficial, para dirigirse, a toda velocidad, haciendo sonar la sirena, a la vivienda de Laraine Feldman y su esposo, el rico industrial Robert Feldman…

* * *

Supieron que era tarde, apenas alcanzaron Pall Mall y vislumbraron la casa señorial de los Feldman.

La puerta estaba entreabierta simplemente. Pero algo les dijo que eso no podía ser habitual en una casa donde recientemente se había cometido un crimen. Ambos hombres cambiaron una mirada de verdadera angustia, temiendo lo peor.

Alcanzaron el edificio, ante la alarma y curiosidad general de vecinos y transeúntes, ante la presencia del coche de Scotland Yard, emitiendo el sonido estridente de su sirena. Wilde y Adams descendieron del vehículo vertiginosamente. La mano del inspector empuñaba de nuevo su revólver reglamentario.

Adams no llevaba armas, pero cerraba sus puños con energía, por si era preciso luchar en desventaja con un loco criminal…, fuese quien fuese ese loco.

Empujaron la puerta. Pisaron el vestíbulo aristocrático. Al menos allí, no era esta vez. Gritaron el nombre de Laraine y de su esposo. En vano. Ni ellos ni el servicio aparecieron por parte alguna.

La sensación de inquietud y temor se apoderó con más fuerza de ellos. Wilde miró arriba, arma en mano. Tras una duda, señaló a Adams una pesada estatuilla de bronce, situada en una repisa.

—Tome eso y recorra la planta baja, por favor —pidió—. Yo miraré arriba. El coche-patrulla no puede tardar ya…

Adams asintió, enarbolando la estatuilla a guisa de arma contundente. Y vaya si lo era. Un golpe con aquel bello objeto, hubiera aplastado el cráneo a cualquiera. Pero Adams pensó en el mazo medieval, con su bola erizada de púas de hierro, remate de una cadena móvil y temible, y se dijo que poca o ninguna posibilidad tenía ante un arma así.

«Claro que el asesino cambia mucho de arma», se dijo a sí mismo, para darse ánimos. Y comenzó la búsqueda.

Le tocó a él hallar lo peor. Apenas lo descubrió, en la casa

solitaria, lanzó una llamada potente y clara, que retumbó en toda la casa:

—¡Inspector! ¡Inspector Wilde, aquí! ¡Ya lo encontré…!

Se quedó rígido, esperando. Ni siquiera necesitaba actuar como médico. No lo necesitaba la víctima tendida sobre la alfombra mullida de la biblioteca, frente al hogar. Un muerto sólo necesita ya el forense y la funeraria. Y Adams sabía cuándo alguien estaba muerto.

Aparte de eso, cualquiera hubiera podido decirlo. Nadie puede recibir un alud de golpes con una alabarda, y seguir viviendo. El pesado metal y el filo del arma, tendida junto al cadáver, cubiertos de sangre cuerpo y arma, habían triturado rostro, cráneo y brazos de la víctima, hundiendo además su plexo solar horriblemente.

Una vez más, el terrorífico *show* de sangre estallaba, enloquecedor, ante sus ojos. Un paso más en una venganza digna de una farsa granguiñolesca, había sido dado por el asesino.

Esta vez, en la mano destrozada de la víctima había quedado algo: un guante grande, negro, arrancado sin duda a su agresor, en la pugna por defender su vida. Adams estudió aquel guante, mientras los pasos de Wilde se aproximaban precipitadamente.

Evidentemente, aquella dimensión de la mano sólo podía corresponder a un hombre. Ninguna mujer poseía tan enorme mano.

No pudo evitar recordar a Renzo Bonetti, alias Baxter. Pinzas de acero por manos… ¿Acaso enguantadas al atacar? ¿O debía pensarse seriamente en un loco evadido, llamado Amos Warren?

—Dios mío… —oyó balbucear a sus espaldas al inspector Desmond Wilde—. Es él…, es Robert Feldman…

—Sí —suspiró Adams, sombrío—. Robert Feldman. El esposo de la que fuera bellísima figura del teatro, Laraine Foster… El asesino sigue golpeando donde más puede dañarla, pero sin tocarla a ella todavía…

—Sí, Adams, pero…, ¿cuánto tiempo va a pasar sin que intente rematar su venganza, asesinando a la propia Laraine? —Fue la agorera réplica del hombre de Scotland Yard.

* * *

El doctor Shell Adams hizo tomar el sedante a Laraine Feldman.

Ella se dejó caer en el lecho, ahogando un sollozo. Luego, el médico se volvió hacia la enfermera que le acompañaba.

—¿De veras va a quedarse aquí con ella, Vera? —indagó.

—Sí, doctor —afirmó ella con energía, pese a que su rostro continuaba pálido—. Esta mujer me necesita. Cuidaré de ella esta noche, y quizás también mañana. Forma parte de mi obligación.

—Pero usted ya pasó una dura prueba, señorita Chambers —terció el inspector Wilde—. ¿Quiere correr el riesgo de enfrentarse a otra?

—¿Riesgo? —Enarcó las cejas la muchacha—. Usted ha dicho que no existía, inspector. Hay cuatro hombres de Scotland Yard guardando la puerta y los accesos todos a este edificio, ¿no es cierto?

—Sí, eso es cierto. Pero hubiera preferido a otra enfermera, la verdad…

—No diga tonterías. Me debo a mi profesión. Tuve una mala experiencia inicial, eso es todo. No puede volver a ocurrir. Si no fuese útil a alguien, creo que empezaría a pensar en que elegí mal mi profesión…

—Está bien, haga lo que crea conveniente. De todos modos, hay absoluta garantía esta vez de que nada puede suceder… Absolutamente nada, ¿comprende? Nadie puede entrar en la casa. La vida de la señora Feldman es ahora algo que debemos guardar con todo cuidado. El asesino la ha golpeado dos veces en sus personas más afines. El siguiente golpe sería sin duda contra ella misma…

—¿Qué puede importarme a mí la vida ya? —Se oyó el murmullo de Laraine en el lecho—. He perdido todo… Absolutamente todo… Primero fue Lex, ahora Robert, que tan generosamente había perdonado mis errores… ¡Oh, Dios, Dios, quiero morir! ¡Deseo morir, y dejar de sufrir ya definitivamente!

—No hable así, señora Feldman —la calmó suavemente Vera, acercándose a ella—. Es usted joven aún, está llena de vida, de energías… Debe seguir viviendo. Debe sobreponerse a todo…

—¿Para qué…? —Sollozó amargamente—. ¿Para qué? Estoy sola. Sola… Oh, ¿por qué se le ocurriría a Robert dar fecha libre al servicio, y quedarse solo en casa, mientras yo iba de compras? Debieron llamar a la puerta, le sorprendieron…

—No, señora —negó el inspector—. Utilizaron el acceso posterior, a través de la cocina, por la puerta de servicio. Ya lo hemos comprobado. Ahora ese paso está bien guardado. Nadie volverá a utilizarlo para entrar aquí. La puerta principal debió utilizarla luego el asesino para inspeccionar la calle, antes de ausentarse. Por eso quedó entreabierta la hoja… Lo que sí me gustaría saber es si su esposo esperaba a alguien, y por ello despidió a los del servicio hasta esta tarde…

—¿No saben nada los sirvientes? —gimió Laraine Feldman.

—No, nada —negó Desmond Wilde, pensativo—. Ya les he preguntado. Su marido les pidió que salieran hoy de casa, hasta media tarde, como permiso especial. Y dicen que parecía sereno, risueño, incluso alegre. Tal vez le preparaba a usted una sorpresa…, y no llegó a hacerla realidad, señora.

Laraine no respondió. La ahogaban los sollozos, y el sedante iba surtiendo por otro lado su efecto. Adams recomendó en voz baja a la muchacha:

—Si sufre alguna crisis durante la noche, aplíquele otra dosis de sedante sin vacilar. Incluso puede hacerle una doble dosis sin miedo. Lo importante es que descanse. Si hubiera alguna otra complicación, no dude en llamarme. Yo estaré de guardia toda la noche en el hospital. No porque me corresponda, sino para estar en contacto con usted, Vera.

—Gracias, doctor —le miró dulcemente ella—. Gracias por todo…

Bajo la mirada serena del joven médico, ella enrojeció súbitamente, y se apresuró a eludir las pupilas profundas y alentadoras de Adams.

—Bien, creo que ya nada hacemos aquí, señora —habló Wilde—. Quizás hubiera sido mejor trasladarla a una clínica por unos días, pero…

—¡No, no! —Jadeó la paciente—. Detesto las clínicas y hospitales… Prefiero estar aquí, en mi casa…, bien cuidada y atendida…, o no podría soportarlo…

—Sí, es mejor así —admitió Adams, pensativo—. Me ha parecido observar en la señora Feldman una fobia especial a los centros sanitarios, posiblemente una especie de alergia. En esos casos, es preferible su propia casa, inspector.

—Bien… —El policía se encogió de hombros. Miró al exterior, comprobando que los agentes ocupaban sus respectivos lugares en las calles adyacentes y en las dos entradas a la casa—. Creo que va siendo hora de irnos, doctor Adams… Ah, por cierto, jovencita. Quiero mostrarle algo…

Extrajo una fotografía del bolsillo y se acercó a Vera, mostrándosela. Ella contempló, sorprendida, la imagen de un hombre de unos cuarenta años, alto y enjuto, de ojos redondos y brillantes y aspecto afable. Enarcó las cejas.

—Ya veo —dijo—. ¿Quién es él, inspector?

—Un hombre que podría merodear por aquí —dijo escuetamente el policía—. Si lo viese por la ventana, en cualquier momento, andando por Pall Mall, avise sin pérdida de tiempo a uno de los agentes para que lo arreste. Es Amos Warren. Un hombre inofensivo durante quince años. De súbito, escapó de un manicomio del Estado, provisto de un cuchillo con el que asesinó a sus enfermeros. Ese hombre enloqueció cuando trabajaba en la Morgue, al ver incorporarse a Carlo Bonetti, de la mesa donde yacía, aparentemente muerto, víctima de un ataque cataléptico, tras el siniestro del entoldado teatral…

—Dios mío… —Se estremeció Vera Chambers, contemplando con mayor atención la fotografía vulgar que, de repente, cobraba un siniestro significado—. ¿Cree que pudo ser él y no Renzo Bonetti quien…?

—Bonetti pudo ser el cerebro, y Warren el brazo. Desde que él está libre, muchas personas han muerto en un baño de sangre, enfermera Chambers. No tema nada. Pero avise si lo ve…, y no tema equivocarse. Vale más eso, que dejarle escapar por indecisión.

—No tema —suspiró ella—. Lo haré. Si llegase a verlo…, avisaría en el acto.

—Gracias, jovencita. —Wilde le sonrió, animoso, dándole un leve golpe amistoso en el brazo, y emprendió la marcha hacia la salida de la alcoba de la señora Feldman.

Adams se quedó atrás. Sus manos oprimieron las de Vera. Ambos se miraron. Esta vez, a Vera no le importó ruborizarse de nuevo.

—Hasta mañana…, o hasta luego —se despidió con voz firme el joven.

—Hasta pronto, doctor —murmuró ella—. Y gracias, una vez más…

—Cuídate —dijo Adams de pronto, con más amistoso y cálido acento.

Se inclinó y besó levemente los labios de la muchacha, ausentándose antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar.

Vera se tocó los labios largo tiempo, tras haber sonado abajo la puerta de la casa, y haberse alejado el coche policial a toda velocidad, perdiéndose en la noche de la ciudad, húmeda y lluviosa como toda la semana.

Vera Chambers caminó despacio hacia la butaca situada cerca del lecho de la señora Feldman. Se sintió repentinamente muy sola. Terriblemente sola, a pesar de la presencia de la enferma y la vecindad tranquilizadora de hasta cuatro agentes de Scotland Yard en tomo a la casa.

Recordó su tremenda experiencia en Chelsea, la cadena de crímenes, la fotografía del demente evadido…, y de pronto supo que estaba asustada.

Tenía miedo. No sabía a qué, pero empezaba a sentir miedo de la noche, miedo de aquella casa, miedo de todo cuanto la rodeaba…

CAPÍTULO IX

TELÓN PARA UN *SHOW*

Vera Chambers se despertó bruscamente.

Había sido solamente una leve cabezada, pero algo la hizo despertar, sobresaltada. La estaban mirando. Unos ojos fijos en ella…

Pero eran solamente los ojos de Laraine Feldman, pálida y abatida en el lecho. Respiró con alivio. La enferma se agitó entre las sábanas.

—Por favor… —rogó—. Tengo sed…

—Sí, señora Feldman —asintió Vera, consultando su reloj de pulsera. La noche pasaba más rápida y tranquila de cuanto sus temores la hicieran suponer. Ya eran las tres y diez de la madrugada —. En seguida le subiré un poco de leche fresca. Es lo que ha recomendado el doctor Adams.

—Sí, por favor… —Humedeció con la lengua sus labios resecos —. Tengo sed…

Vera se incorporó. Salió del dormitorio, dejando la puerta entreabierta. Se enfrentó a toda la casa en penumbras, grande y señorial, con luces dispersas, con muebles pesados, cortinajes espesos, alfombras que ahogaban las pisadas, y armaduras, panoplias y figuras que recortaban siniestras sombras, al reflejo de las luces indirectas.

Tragó saliva, inquieta. De nuevo aquel miedo a algo… Algo indefinible, quizás inexistente, pero que la asustaba de modo horrible… Caminó sin hacer ruido, por una de aquellas alfombras sin fin, de un grana oscuro, profundo.

La cocina estaba en la planta baja. Caminó por el corredor, en busca de la escalera, para traer la leche del frigorífico a la paciente,

tal como le indicara Adams. Además de sedantes, debía ingerir alimentos, siquiera fuesen líquidos.

Estaba cerca de la escalera. Un enorme espejo, en un ángulo del corredor, reflejaba el pasillo todo, con sus panoplias y figuras de hierro o bronce. Reflejó también su blanca silueta, aproximándose. Un cortinaje rojo oscuro cubría la mitad del gran espejo.

Y, de repente…

De repente, algo se materializó, saliendo de aquel cortinaje. Vera quiso gritar, horrorizada, al ver cómo la sombra siniestra se reflejaba nítidamente en el cristal azogado.

No pudo. Una mano enguantada tapó su boca rudamente. Un brazo la inmovilizó, presionando su cintura y su pecho. En el espejo, se dibujó un rostro lívido, convulso, como flotando en la penumbra. Unos ojos dilatados, horribles.

Vera sintióse desfallecer de terror. Sus piernas flojearon, supo que la muerte estaba cerca… Que siempre estuve agazapada dentro de aquella casa, y no en el exterior, absurdamente vigilado.

Reconoció el rostro fantasmal en el espejo. Supo que estaba en poder del loco asesino…

¡Amos Warren era el hombre que la había asaltado!

—Tengo que matarte —susurró—. Serás la última de todos. La última…

Los cabellos de Vera se erizaron. Sintió un frío glacial en su nuca. El rostro del monstruo, en el espejo, era más pavoroso que todo el horror físico que viera en aquel pobre ente del sótano de los Bonetti…

Y, de pronto, un rayo de esperanza acudió a animar a la joven enfermera.

Atrás, a su espalda, chirrió una puerta. Un rayo de luz surcó el corredor. El demente Warren giró la cabeza, con un torpe balbuceo, sin dejar de oprimir fieramente la boca y cuerpo de Vera, para impedirle huir o gritar.

El espejo reveló a Vera la presencia inesperada y milagrosa de Laraine Feldman, la enferma, que, flotante su camisón sobre el cuerpo todavía turgente y hermoso, avanzaba hacia ellos, con enérgica expresión en su rostro.

Por unos momentos, no supo lo que sucedería, pero Vera estuvo segura de que el loco la soltaría, para atacar a la viuda de Feldman,

dejándola a ella libre un momento, quizá lo suficiente para chillar con todas sus fuerzas, para defenderse, para romper el espejo con algún objeto pesado y, de ese modo, lograr atraer la atención de los agentes de Scotland Yard que patrullaban en el exterior.

Eso es lo que Vera esperaba. Pero en vano.

Porque Laraine Feldman, de soltera Laraine Foster, se detuvo, rígida, ante ellos. Extendió un brazo hacia Warren y jadeó con voz irreconocible:

—Asfíxiala, pronto… ¡Mata a esa mujer, Warren! ¡MATA, MATA…! Ya no tendrás que hacerlo más, pero… ¡MATA ya…!

* * *

Como en una neblina dantesca, Vera Chambers se dio cuenta del segundo pozo de horror en que, en el término de pocas horas, se había precipitado por sí misma.

El loco era sólo un instrumento, una especie de animal doméstico al servicio de una mente asesina…

¡Y esa mente no era la de Renzo Bonetti, ni quizás lo fue nunca, sino…, la de Laraine Feldman, la mujer supuestamente en peligro de muerte!

Laraine…

Ella, la venganza, la sangre… Vera Chambers, borrosamente, mientras el salvaje maníaco empezaba a apretar y apretar, asfixiándola implacablemente bajo la mirada centelleante y jubilosa de aquella mujer demoníaca, comprendió muchas cosas. Supo por qué fueron primero Vincent y luego Feldman los que cayeron asesinados dentro de la casa…

La muerte estaba allí, agazapada. Lo estuvo siempre. No había tal venganza. Jamás existió el grand guignol del odio de Renzo Bonetti. Todo el odio de éste, se limitó a su venganza sobre su hermano Carlo… Asustado de sus actos, había huido. Pero no era un asesino. Los asesinos eran éstos… ¡Warren y Laraine Feldman!

Y el motivo creía verlo claro Vera, pese al dogal de muerte que la iba aturdiendo, privándole de la respiración…

La muerte de Feldman.

Una coartada sangrienta y atroz. Un disfraz para ocultar un solo crimen: el asesinato del esposo millonario. Un marido a quien no amaba. Ahora, Laraine Feldman sería rica, viuda…, y libre.

—¡Mata, Warren, mata! —Gritó con voz ronca, desfigurada, convulsa su faz, ante la escena de muerte—. Será la última víctima para mi coartada…

Coartada…

Sí, ella estuvo en lo cierto. Pero no sería ella la última víctima. El necio, el desgraciado loco no podía entender que ahora, él estorbaba, él era él final de la coartada. Muerta Vera, tenía que morir Amos Warren…, y eso probaría que Laraine Feldman jamás tuvo nada que ver en los crímenes…

Laraine, que extraía ya de sus ropas un pequeño juguete de acero pavonado, una automática de calibre 22. Mortífera a aquella distancia. La bala que mataría al loco de Amos Warren partiría de allí…

Lo demás sería sencillo. El asesino estuvo oculto en la casa, atacó a Vera, y luego la viuda, en un rasgo de valor admirable, acabó con el monstruo…

Vera forcejeaba en vano. Aquella presión se hacía insostenible, pese a sus esfuerzos. La mano de Warren, sobre su boca y nariz, iba a privarla del aire, de la vida misma…, en muy escasos segundos.

Y ni siquiera podía gritar, avisar al exterior. Moriría en pocos segundos, a menos de cincuenta yardas de un cuarteto de agentes de policía…

* * *

El disparo sonó bruscamente, a espaldas de Vera Chambers.

El arma de la señora Feldman voló por los aires. Ella chilló, contemplando su mano bañada de rojo. Miró con furia, coléricamente, hacia la planta baja.

¡En el vestíbulo estaba el doctor Adams, pistola en mano, tras haber efectuado su disparo contra la viuda Feldman!

Luego, el arma se dirigió rápidamente a Amos Warren que, asustado, había soltado a la joven enfermera. Vera, aun sin apenas aliento, chilló y chilló…

Adams hizo un segundo disparo. Alcanzó a Warren en el hombro, lanzándolo contra el espejo, que esta vez se hizo añicos bajo su impacto. El aullido de dolor del herido, coincidió con los rápidos, fuertes pasos de un agente por la puerta de servicio, y de otro que abría ya la puerta principal de la casa.

—¡Doctor Adams, es horrible! —Sollozó la viuda Feldman, como si saliera de una pesadilla—. ¡Ese loco iba a matar a Vera Chambers! ¿Por qué ha disparado usted sobre mí? ¡Sólo pretendía salvarla de morir…!

Adams, con su arma humeante en la mano, subía ya las escaleras rápidamente. Se volvió, para avisar a los policías que llegaban:

—¡Tengan cuidado! ¡Ese hombre es Amos Warren, y sólo lo herí en el hombro! ¡Es muy peligroso, pero nos hará falta vivo, para acusar de varios asesinatos a la señora Laraine Feldman…! Ya lo ha oído, señora… No trate de desvirtuar más la verdad. Esta vez estoy seguro. Lo sé. Hasta ahora, fue solamente una simple corazonada, una sospecha…

Los dos policías subieron, empezando a reducir a viva fuerza al herido demente. Mientras, el arma de Adams cubría a la dama, en tanto Vera Chambers, rotos sus nervios por la nueva prueba sufrida, se aferraba al médico, con un leve sollozo, besando impulsivamente sus manos, sus mejillas, su boca…

—Es ella, doctor… —susurró—. Es ella la culpable… Lo oí. Puedo acusarla.

* * *

—No hará falta tu acusación, Vera —suspiró Adams, tras escuchar él y el inspector Wilde el relato patético de la joven—. Warren hablará también. De todos modos, el inspector ya sabe ahora la verdad. Y comprende que tuve razón al pedirle un arma, y quedarme escondido en la casa toda la noche, cuidando de ti…

—Admito mi error y su acierto —refunfuñó malhumorado Desmond Wilde—. Es usted un buen detective, doctor. Pero ¿quién iba a imaginar que Laraine Foster, ahora Laraine Feldman, iba a montar semejante *show* sangriento para justificar UN solo crimen, el de su esposo? Es una coartada monstruosa…

—La codicia también es monstruosa, inspector. Sobre todo, llevada a ciertos límites. Piense en el grand guignol que montó esa mujer, quince años después de dejar los escenarios. Su experiencia en esos espectáculos le dio la idea. Montó algo diabólicamente inteligente y espectacular, con la idea de esconder su propósito principal en un baño de sangre. Hábil en recursos teatrales, utilizó máscaras, disfraces, absolutamente todo lo efectista y terrorífico de

sus viejos espectáculos en la carpa ambulante. Primero, envió un cuchillo a Warren, desde el prado cercano al manicomio, y se paseó con un disfraz que recordase al pobre loco el aspecto del supuesto cadáver de Carlo Bonetti, aquella noche en la Morgue. Eso causó una crisis feroz al enfermo, como ella esperaba, y Warren escapó, tras matar a dos enfermeros. Pero esa noche no tuvo tiempo material de matar a Betty Howard. Laraine lo hizo, entrando en el teatro como un figurante más. Era experta en visitar teatros.

—Sí, y luego se dedicó a matar incluso a su
play-boy
, atrayéndolo a casa, donde esperaba Amos Warren, disfrazado, con el arma mortal. Después fue Miles, elegido al azar, y finalmente…, Feldman, quien debía morir única y exclusivamente. Debió convencerle para quedarse solos ese día y disfrutar de un día de intimidad solos los dos. Su esposo la quería tanto que aceptó…, y Warren intervino, aplastando al pobre Feldman, en presencia de la propia esposa…, o mientras ella creaba su coartada, yendo de compras —remachó el inspector, asintiendo lentamente—. Y después de Feldman, cualquier otra víctima serviría para cerrar la cadena con un último eslabón…, previo a la muerte de Warren, que así dejaría a la dama libre de toda acusación futura. Vera, al quedarse allí, propició esa víctima final…

—Yo lo sospeché —dijo Adams, pensativo—. Era sólo una vaga idea, pero quise comprobar que no había nadie dentro, esperando matar. Y acerté. Ahora sabemos que los Bonetti no son culpables de nada, sólo de arrastrar morbosamente sus lacras y sus rencores viejos… Ahora que el pobre Carlo ha muerto, su hermano Renzo deberá responder por lo que le hizo, pero dudo que haya peor justicia que la que le ha castigado ya a perpetuidad…

—¿Por qué fue visto Warren en Chelsea? —indagó Vera Chambers.

—Muy sencillo: porque Laraine supo siempre dónde vivía Bonetti y bajo qué nombre, y quiso involucrarle, enviando por aquella vecindad a Warren…, del mismo modo que luego dejó que lo vieran en Pall Mall, preparando el fin ingenioso de su terrible coartada…

Hubo una pausa. Todo estaba aclarado ya. El *show* había terminado. Caía el telón. Vera Chambers murmuró amargamente:

—Mis dos primeros trabajos han sido dos buenas experiencias… ¡Juro no volver a ser enfermera particular de nadie más, doctor Adams!

Shell Adams la miró dulcemente, sonrió, pasando un brazo por los hombros de la muchacha, y preguntó:

—¿Por qué no serlo para siempre de una sola persona, Vera? De mí, por ejemplo…

—¡Doctor!

—Prometo no asustarte ni amenazarte nunca. Y no me llames «doctor». Vera Chambers, ¿quieres ser mi enfermera de por vida…?

—¡Oh, Shell! —estalló ella, gozosa.

Y le abrazó, cubriendo su boca de besos, pese a los discretos carraspeos del inspector Desmond Wilde, de Scotland Yard.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.